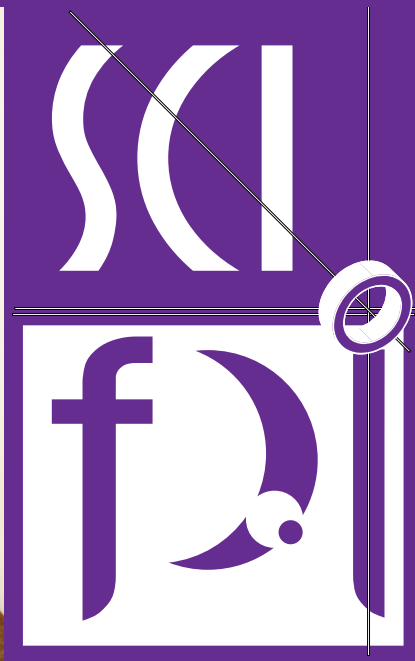


Sci·Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM

The background of the cover is a sepia-toned photograph of a large, multi-story wooden house with a prominent gabled roof and several windows. The house is built on a steep, rocky cliffside, with a long, narrow staircase leading up to the entrance. The scene is atmospheric and somewhat eerie, with a few birds flying in the sky above the house.

Memento Mori

Nueva editorial de ciencia-ficción en clave "pulp"

Portada por Gonzalo Canedo | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

· El brindis del desterrado · Entrevista: Memento Mori · Perros del desierto ·
· Nowhere Girl · El neuropapiloma de Listkiewicz · El planeta de los toros ·
· Memoria · Rastrillo de lecturas · Concurso de portadas ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Héctor Cortiguera Herrera
Samer Hassan
Salvador de la Puente González
Ismael Rodríguez Laguna
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Gonzalo Canedo

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido
maquetada con
software libre
usando Scribus



Editorial

Comité Editorial

Estimadas formas pluricelulares básicas:

Una vez más nos dirigimos a vosotros con el propósito de animar vuestro cachazudo proceso evolutivo. Sabemos que presentar la cruel realidad del universo sin más provocaría incredulidad y rechazo en unas mentes tan simples. Por eso preferimos emplear lo que llamáis “ciencia ficción” —término que en realidad acuñamos nosotros—, de forma que vuestras frágiles conciencias vayan absorbiendo la verdad bajo el disfraz de inocuos entretenimientos. No cabe duda de que vuestras limitaciones biológicas ponen un límite a vuestro posible aprendizaje, pero desde nuestra organización SPG (Salvemos a los Primitivos Galácticos) defendemos el derecho a la educación incluso de las formas de vida más rudimentarias.

Por ello, y sin caer en el desaliento, presentamos en este nuevo número relatos que os harán reflexionar acerca de la lealtad (*El brindis del desterrado*) o sobre las aptitudes que debe tener un buen músico interestelar (*Nowhere Girl*). Queremos que estéis preparados para convivir con extraños mundos que, sin embargo, se parecen demasiado al que conocéis (*Un perro aulló en alguna parte*, *El planeta de los toros*), y que no temáis enfrentaros a las enfermedades aún por descubrir (*El neuropapiloma de Listkiewicz*). En fin, esperamos prepararos poco a poco para asumir vuestro destino (*Memoria*). En este número también incluimos la entrevista con el editor y uno de los autores de una nueva editorial, *Memento Mori*, que sin duda nos serán útil en nuestra labor civilizadora de planetas sumidos en la barbarie. Por último incluimos las bases de un concurso de portadas. Aunque seáis aborígenes del planeta tierra no temáis, podéis participar libremente, hemos comprobado que las imágenes generadas por otros humanos penetran mejor en vuestras toscas conciencias.

Para finalizar queremos dejar claro que este editorial es solo un recurso literario una broma de los editores de esta revista. Pensad que si realmente esta publicación estuviera controlada por seres de inteligencia superior,

éstos no se descubrirían de forma tan burda como la que estáis leyendo. Sería demasiado estúpido. ¿O puede que fuera una forma inteligente de disipar sospechas? ¿O incluso una forma de detectar a aquellos de vosotros que estén a punto de alcanzar un nivel superior de conciencia? Os rogamos que no penséis sobre ello, no merece la pena.

Índice

El brindis del desterrado.....	5
Entrevista: Memento Mori.....	13
Un perro aulló en alguna parte.....	15
Nowhere Girl.....	23
El Neuropapiloma de Listkiewicz.....	32
El planeta de los toros.....	34
Memoria.....	38
Rastrillo de lecturas.....	42
Concurso de portadas.....	44

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia “Creative Commons Reconocimiento 3.0”, con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

CRÓNICA

ENTREVISTA



El brindis del desterrado

José Luis Carrasco

Era una noche artificial, un letargo de anestesia de los que pasan tan rápido que uno no puede ni medirlo. Luego alguien desde la Base ejecutó un comando y yo, que soy Kino, recuperé mi conciencia.

Jun y Hao despertaron de la animación suspendida con los miembros agarrotados, calambres en la espalda y hambre de lobo. Los primeros minutos de reentrada —no era ese el término correcto, pero lejos de la Base el vocabulario técnico siempre se podía relajar un poco— sabían a desvanecimiento ralentizado de un sueño: las imágenes se desenfocaban en un espectro cada vez más amplio y, ya mezcladas, concurrían en una chillona amalgama nítida y plena de vida. Lo peor de todo, solían comentar, era el sabor metalizado en la boca, que costaba al menos un día entero despegar de las encías. Dos barras metálicas retráctiles que hice surgir de las paredes les sirvieron para apoyarse en sus ejercicios físicos y restaurar el ejercicio motor adecuado al cuerpo.

Iniciaron un desayuno frugal, todo preparados plásticos e inocuos. Sorbieron en silencio y sin prestar atención a las señales de la pantalla que yo desplegaba para ellos en los cristales.

Al principio los astronautas llegaban a creer que la sensación de mareo nunca desaparecería del todo, que la aceleración les afectaría para siempre, acostumbrados ya a la fuga perpetua, a vagar de la mano de la luz entre sistemas. El descanso era profundo y los síntomas de agotamiento las semanas posteriores no parecían sino un sopor arrastrado de aquel hondo amanecer. Todos los despertares, sin importar el destino o la duración del viaje, daban un fruto parecido. Yo lo sabía bien, pues había acunado su reposo y el de otros durante cientos de años en diferentes naves.

—¡Buenos días! Bienvenidos al sistema de la Espiral de Daphne. Hoy podéis recrear la vista en los hermosos anillos de Sygma 3, en la

luz violeta de las estrellas del sistema, cuya original coloración proviene de la extraña mezcla de gases en sus atmósferas, y en las densas nubes de polvo de los sistemas vecinos. ¿Os ha desorientado la aceleración? ¿Por qué no combatir esos desagradables efectos con un refrescante BuzzMed de limón? Introducid vuestras tarjetas y disfrutad ya de todo el sabor de las frutas tropicales en vuestra boca. ¿Por sólo tres créditos? ¡Los humanos nos hemos vuelto locos!

Ajusté la dulce voz femenina de la grabación al tono y velocidad más meloso y agradable posible. Di por finalizado el informativo con una risita cómplice de la muchacha, luego toqué los primeros compases del himno corporativo, con sus loas a la lucha eterna del pueblo, al trabajo eficiente y el derecho a la felicidad y el placer, y a los treinta segundos reduje su volumen, según la programación estándar.

Hao y Jun no ignoraban que en todas las pantallas de la nave refulgían los mensajes de la misión en amarillo brillante y que no dejarían de hacerlo hasta que no repasaran el contenido en su totalidad y lo certificaran con un código de pulsaciones táctiles. Ellos, terminado el calentamiento, se dedicaban sin embargo a vestirse y comprar una lata de BuzzMed de limón. No dejaron ni una sabrosa gota del aromático refresco y, tras devolver el envase a la bandeja de limpieza, se sentaron en los sillones de piel oscura a leer las instrucciones.

—A ver qué quiere Mamá Corporación de nosotros con tanta urgencia. Si es una partida de póker ha contado con los mejores. Debemos tener ya mil horas de práctica.

—Sí, y si jugáramos con dinero de verdad ya me deberías cien millones de créditos.

Envié una escala de cuatro notas agudas repicar desde los altavoces del techo, y de nuevo recibieron un saludo electrónico de la misma y sensual azafata femenina, la más carismática de mi catálogo, precedido de un código de seguridad con una identificación numérica.

—En la tableta sellada encontrarán las instrucciones. La contraseña de activación es Orión1. Utilícenla para todos los procesos —sentenció la grabación—. La finalidad de su misión consiste en dicta...

— ¡Bla bla bla! —canturreó Jun.

—¿Cuándo callarás?, no me obligues a repetir el mensaje.

—Me encanta tu ingenuidad, Hao. Haz memoria, verás que siempre es el mismo... Atiende —y Jun recitó el discurso de mi base de datos con el mismo tono monocorde y suave, respetando incluso la modulación y las pausas—:

—... De indicios de vida. El uso de las lanzaderas para...

—... El aterrizaje se ceñirá a las condiciones máximas...

—... De seguridad. A las cuarenta y ocho horas se abrirán los canales...

—... Para el primer reporte...

—... Buena suerte. La Amada Corporación y el glorioso pueblo revolucionario les bendicen. ¿Ves? No han cambiado la grabación en veinte años. Si ni siquiera destinan ya fondos para lanzaderas.

Había que reconocer que Jun tenía talento para las imitaciones y las voces. Ninguna de las personalidades de mis archivos se le resistía.

Sirvieron el desayuno. En la compuerta de comida extrajeron dos bolsas flexibles que rehidrataron en un dispensador de agua que ahora incluía la opción «azucarada», junto a la caliente y la fría. Un pequeño lujo para los que no tomaban el café tan amargo. Introdujeron sus vasos en la aguja del dispensador. El proceso duraba un minuto, por lo que siguieron la conversación.

—Te entiendo. Nuestros padres viajaban en equipos de doce personas con herramientas de última generación.

Los dos hombres calentaron la bebida en el horno. Desde que era posible condimentar las bebidas, la dieta a baja gravedad había mejorado. Al menos en eso no estaban tan mal. Aspiraron con fuerza y la boca se les llenó del líquido caliente, ácido y sabroso, que eliminó los restos del dulzor del BuzzMed de limón que sin duda ya empezaban a pegárseles al paladar.

—¿Qué avances nos tocan a nosotros? Capsulitas de azúcar. ¿Tú crees que les importa algo hallar vida?, sólo pretenden justificar

presupuesto y mantener las casas de campo de sus altísimos generales. Anda, enciende las máquinas y pon en marcha los sensores remotos. Veamos qué se cuece ahí abajo.

Hao desvió la mirada a la pantalla más cercana. Una serie de barras de colores crecía de izquierda a derecha, brotando los símbolos de un grupo de compuestos gaseosos. En cuanto los hombres contemplaron el gráfico, este se pobló de palabras y cifras, como si estas hubieran intuido que ya podían desplegarse y ser leídas.

—Ya están en funcionamiento. El ordenador del alto mando debió asumir la iniciativa mientras desayunábamos.

—Claro que sí. Es mucho más fiable que nosotros. Hasta una inteligencia artificial de tercera clase como Kino discurre y decide con más eficiencia y rapidez. Recuerda esto, Hao, muchacho, el hombre próximo será hijo de un padre humano y una madre máquina, o no será, hablará cuatro idiomas, dos de ellos lenguajes informáticos, o no hablará ninguno, y recuperará sus fuerzas tanto con una deliciosa pieza de fruta como alimentando la energía de sus venas con un cargador, o no se moverá en absoluto. ¡El futuro, Hao, eso es de lo que te hablo! ¿No te apetece casarte con una humana y tener sanos niños-máquina, educados con el mejor software, Kino?

Respondí que prefería no opinar sobre un asunto tan complejo. Hao, más joven que su colega, simuló ignorar el alegato y revolvió nervioso su flequillo moreno, se recolocó en la silla y examinó la información del interfaz.

—Es Dióxido de azufre, en su mayor parte, con la mitad de la evaluación realizada. Trescientos grados celsius de media en la zona ecuatorial iluminada por el sol.

—Caliente y árido, como la superficie misma del infierno. Un lugar al que yo me opondría a mudarme por mucho que insistiera el comité. Me hace pensar que quizá estamos reconociendo localizaciones para una posible cárcel, amigo, o para una cámara de torturas. No se me ocurre otra explicación. Salvo que estemos aquí para tirar la basura, claro. Cada vez que recuerdo la cantidad de transbordadores desechables que lanzamos, las innumerables sondas con productos químicos para estudiar sus reacciones en otros mundos... me pregunto si no estamos tratando

el universo como el nuevo vertedero después de la Tierra. ¿Qué opinas tú? ¿No respondes? Dime al menos por qué hicimos esto. ¿Por qué nos matriculamos para el dichoso programa de exploración?

—Porque no había más trabajo.

—¡Sí, cómo olvidarlo! El trabajo, ese regalo de Dios que dignifica el alma. La vida es algo misterioso, amigo Hao. Ofrecen un puesto de astronauta para ir nadie sabe dónde, y uno lo acepta. Qué inconscientes, que ya ni defendemos el derecho a negarnos. Porque cuando uno está en paro, tiene que buscar empleo y agradecer lo que le toque, como si la vida no te perteneciera, ni para decir una palabra tan simple, tan breve y que usamos tan a menudo, como es «no». Como dice Young Mi...

—¿Has leído los libros de esa conspiradora, insensato?

—*La invención de Los Altos, Revolución y tierra, Los iguales y los distintos...* Los llevo todos de contrabando en el ordenador. Creo que deberías darles una oportunidad.

Jun no obtuvo respuesta y debió cansarse de hablar solo. Las tareas de mantenimiento les ocuparon el resto de la mañana. Según el protocolo esperarían completar la primera órbita para recibir un segundo análisis más exhaustivo. Sucedería en tres horas. Los dos hombres se atarearon con tranquilidad. Jun trató de iniciar varias veces una conversación, pero el hosco silencio de Hao, absorto en el ensamblaje de una pata retráctil de un robot explorador, terminó por desalentarle. Sólo coincidieron en el momento de extraer sus tarjetas y comprar otras dos latas de BuzzMed de limón para quitarse el amargo sabor del café de la boca.

Mi aviso, por medio de un piloto, con una secuencia de tonos anaranjados, atrajo a los hombres, unas diez horas después de su puesta en órbita en el planeta, a la consola. Jun deslizó sus dedos por el teclado y en respuesta salpiqué en la pantalla principal del ordenador un recuadro negro de listas, gráficos, porcentajes, actualizados y más precisos, y en cada uno de ellos parpadeaba un encabezamiento de letras blancas sobre fondo rojo, escoltado de un estribillo marcial, siempre el mismo, que con cada nueva ventana crecía en volumen, y su instrumentación primitiva

servía de almohada a un coro de niños que cantaba las glorias del Invicto Líder, como si éste hubiera sido el responsable del hallazgo.

—Parece que los sabios padres han tenido lucidez en la búsqueda después de todo, ¿o habrá sido el azar, que equilibra nuestros destinos con buenas noticias? Sea como sea, fíjate. El radio ecuatorial de nuestro amigo es 1,5 veces el de la Tierra y nos duplica en densidad y masa. No nos vale como nueva Tierra, por supuesto, la temperatura en las zonas polares no iluminadas no baja de los sesenta grados, y eso que se ha confirmado la existencia de una atmósfera que atenúa los efectos del sol. No, lo interesante de verdad es otra cosa...

—Espera, ¿qué es eso de la tabla elemental?

Jun fijó sus gafas sobre el puente de la nariz.

—A eso precisamente me refería. La composición del planeta. Sólo tiene un continente, rico en azufre, como sabes, y abundante en lo que apuesto que son tierras raras. Lacertita. Te suena, ¿verdad?, pero seguro que no del colegio ni la universidad. Su descubrimiento es más joven que nosotros. Leerías la noticia, como yo, en el periódico. Nunca había aparecido en su forma pura y el separarlo de otros elementos resulta demasiado costoso, pero la comunidad ha soñado con sus propiedades durante años. Es el aditivo perfecto para combustibles, la pérdida de energía es nula en la conversión y multiplica en eficacia las alternativas actuales. Y lo tenemos ahí abajo, perfectamente aislado.

—Céntrate por un momento, Jun. Debemos informar al Mando. Esto nos sobrepasa a los dos.

—Sí.

—Convendría que lo hicieras tú. Para limpiar la imagen de tu familia.

—¿Con mi expediente de vergüenzas y huelgas? ¡No, gracias, ya me tienen muy visto! Pero si te encargas tú, que tienes una reputación intachable, te volverás un héroe, o sea, una marioneta corporativa. No dejarán en paz a los tuyos. Te exhibirán como un mono de feria. No, en un estado donde todos somos iguales lo peor que te puede suceder es que destaques.

—¿Entonces?

—Yo estaba pensando en algo muy distinto. Deleita tu vista, amigo.

Jun echó mano al bolsillo más pequeño de la pechera de su traje y agitó, con los dedos índice y pulgar, una minúscula ficha de plástico verde con un circuito integrado en forma de cápsula. Con un movimiento involuntario como el del pasajero que espera curvas, Hao apoyó las manos en la pared a su espalda. Miraba el aparato con desconfianza. Jun esbozó una sonrisa victoriosa y plena, y su figura se alargó y ensanchó hasta adquirir una escala épica, y parecería que hubiera seguido creciendo de contar con el espacio suficiente. Hao pregunto qué era aquello.

—Un inhibidor de conexiones. Los venden caros en el mercado negro, pero cuando ahorras lo necesario las puertas se abren como por arte de magia. Se acabó comunicarse con el mando, se acabó adular al Invicto Líder y se acabó matarse a trabajar para un régimen que ni siquiera garantiza un más allá donde relajarte. Tan miserables que no pueden ni venderte una religión. Tenía mis dudas de utilizarlo o no pero ya se pasó el tiempo de dudar. Ahora toca pasar a la acción.

—Tú has perdido el juicio. Fusilarán a tus padres.

—Mis padres sobornaron al guardia de la frontera con la otra mitad de nuestros ahorros para irse al exilio. Me temo que en mi prole somos todos igual de corruptos. ¡Menos mal que hemos heredado eso del mismo gobierno! No tenemos ni muebles en casa, pero ha merecido la pena. Ya puedes respirar el dulce aire de la libertad, compañero.

Mientras así hablaba yo había emitido los primeros sonos de una alerta, la más ruidosa de las previstas como anticipación de posibles problemas en subordinados. Los hombres no atendieron, ocupados como estaban en discutir. Hao extendió las manos, como si se enfrentara a un cañón cargado que lo apuntara sin posibilidad de escape. Se movía con parsimonia, predecible, procurando no alterar a Jun, y le hablaba con un tono de voz igualmente suave.

—Lo que dices no tiene sentido. Nos encontrarán.

—¡Bobadas! Que sepan cómo

mandarnos un mensaje grabado y enviarnos por el espacio a otros sistemas sin riesgo de accidente no quiere decir que conozcan nuestra ubicación real. Te noto confuso. Por si no te has fijado últimamente, la Base ya no está ocupada por científicos sino por mercachifles, publicitarios y economistas. ¡Reto a cualquiera de ellos a resolver una ecuación de tercer grado! No te extrañes tanto, nada es casual. Es un nuevo comienzo para la sociedad, el prólogo de una gran bancarrota humana. Necesitan hundirlo todo y para ello sólo pueden rodearse de inútiles. La mediocridad está al alza. Hacer las cosas bien conlleva más preguntas, nuevos acertijos, y ya hemos sobrepasado nuestro propio tope. Rendiremos cuentas a dos corrientes principales; la incultura y la guerra, que acabarán con nosotros. Es hora de animalizarnos, desandar el camino. Volver a tejerlo supondrá la regeneración del mañana.

En vista de que mi alarma no era atendida, sugerí a través de los altavoces, para que me oyeran bien, que cesaran en tales ideas. No eran propias de seres humanos racionales, aunque no me incumbiera ni refutarlas ni detenerlas. Propuse una sedación mediana, de unos cinco minutos, para calmar los ánimos, pero en ningún caso me respondieron, y Hao continuó el debate.

—Vale, supón que nos pierden la pista, ¿dónde vamos a ir?

—Hay colonias de refugiados en otros sistemas, a la vuelta de la esquina, teniendo en cuenta las distancias cósmicas. ¿O te crees que soy el primero que escapa?

—¿Y qué pasará conmigo? ¿Te has parado a pensarlo? ¿Y mis parientes, mis amigos...?

—Sería una pena que no te unieras a mi banda, pequeño John, pero en fin, una vez aterricemos en la colonia podrás reutilizar la nave si quieres. Basta con que digas que yo la secuestré. A mí me da igual que me vuelvan un demonio, mientras me dejen vivir en paz. Siempre he fantaseado con ser un mercenario que comercia con lacertita en las nebulosas periféricas.

Una sonrisita traviesa nació bajo la nariz de Jun y se extendió por su boca entera hasta formar una amplia curva amasada por sus dientes irregulares. Hao se recostó en el panel

que tenía a su espalda. Constaba en cualquier historial su largo y aplicado entrenamiento desde la adolescencia. Entre otras virtudes, reconocía el nombre y función de cada botón, pieza y mecanismo en cada centímetro de la nave, sin mirar. Incluido el armamento de a bordo.

—¡Hasta puedo golpearte en la frente si quieres demostrar que opusiste resistencia!

—No, no, no. El viaje te ha enloquecido, Jun. Yo puedo ayudarte. Nuestro Invicto Líder nunca nos haría daño. Nos ha protegido de todas las amenazas. Somos pobres, vale, pero también pacíficos.

—Eso lo dices porque no has salido de tu pueblo. Tiene gracia que hayas explorado otros sistemas y no conozcas ni el país vecino. ¿Cuánto tiempo hace que no tomas pescado fresco o carne roja tierna, del día? Niega, si te atreves, que sobrevives a base de frutos secos y arroz, migajas que tienes que repartir en casa. Nuestro país es rico en recursos. Yo antes era como tú. Entendía estas misiones como un castigo, como un exilio. Ahora sé que es la mejor oportunidad que podían ofrecernos. Vamos a explorar para nosotros. Con un poco de suerte nuestra fama alcanzará los confines de la galaxia y la gente cantará canciones describiéndonos como bandidos.

La voz de Jun resbalaba por el aire, cada vez más baja, un susurro amistoso, almohadillado, pero Hao temblaba entero. Los dedos de sus guantes rechonchos se abrieron como una flor. A su lado había una caja de herramientas. Con un gesto rápido giró el pestillo. Varios útiles quedaron a la vista. Notó muy cerca el pomo de la llave para tornillos y pernos, y lo asió con fuerza.

—Traidor... traidor... el pueblo entero se desloma y tú planeas irte de vacaciones...

Los dos hombres intercambiaron miradas, cubiertas por luces contrapuestas, una franca, luminosa y clara, otra nublada y grave. No dijeron nada y se dedicaron a mascar en silencio sus diferencias mientras mi alerta sonora, un bucle de emisiones como de submarino, parpadeaba en la consola. Jun, el más cercano a ella, tocó una tecla con el dedo índice y el mensaje calló de pronto. De nuevo en el vacío, sin palabras o ruidos con que llenarlo, el tiempo flotaba entre nosotros, escaso y seco. Hao no quitaba ojo al suelo. La

llave estaba anclada a la caja de herramientas con una cuerda de sostén, para no perderla en caso de salida al exterior. Entre eso y la gravedad cero no iría muy lejos con ella, pero era firme y fiable, y los pliegues del mango entre sus dedos debían reconfortarle.

—Te diré qué vamos a hacer. Vamos a preparar la comida, reposadamente. Luego, con el estómago lleno, charlaremos con calma. Nadie nos escucha, ni nos va a contactar en las próximas veinticuatro horas, por el retardo de las comunicaciones. Somos libres por un día. Quizá me he excedido. No es natural el pasar tanto tiempo lejos de casa, sólo consigues confundirte. Pero aún podemos hablar, ¿qué mejor cosa pueden hacer dos personas?

Hao asintió con algo más de confianza. Recogieron las bandejas del almuerzo, unos rectángulos grisáceos con el menú del día impreso en una pegatina. Hao sorbió de la mancha amarilla y naranja etiquetada como pizza tropical. Su compañero se sirvió un trago de agua del dispensador. Tragó con dificultad y cuando pasó el líquido arrugó el gesto entre toses.

—Vamos a tener que arreglar el dispensador, el agua sabe asquerosa.

—Déjame probar.

Llenó Hao su vaso en la aguja y dio un largo sorbo a la pajita. Mascó lo que había tomado como si hubiera sido algo sólido, luego lo escupió con desagrado y se secó la barbilla con la manga.

—Es alcohol.

—A mí me ha sabido a suciedad.

—Es alcohol, te lo digo yo. No es puro, está mezclado con agua.

Jun se llevó la mano a la garganta como temiendo que se la hubieran robado. Bebió de nuevo del vaso pero no llegó a dar más de un sorbo. La luz, ahora masiva y abundante, entró por los pequeños ventanales trapezoidales de la cabina, pintando con su fulgor los objetos de la nave y estirando sus sombras de las esquinas, que reptaron por la superficie blanca y acolchada. Sin mencionar lo ocurrido, los dos hombres dejaron sus vasos, que flotaron a su lado, a la deriva, y se asomaron al exterior.

Syigma 3 completaba su vuelta y el sol resultaba visible. La nave, en órbita

geoestacionaria, se bañaba poco a poco en el amanecer. Jun propelió una risotada y palmeó la nuca de su compañero mientras le daba a la bebida.

—¡Buenos días Hao! Llevábamos una eternidad sin ver una luz natural, ¿qué te parece? ¿no deberíamos brindar por ello? Disfrutemos de nuestro alcohol de contrabando, ¡las desavenencias se resuelven mejor con un trago!

Sin esperar una respuesta, del tipo que fuera, Jun apoyó las manos en los reposabrazos del asiento de piloto para levantarse. Debió calcular mal la fuerza necesaria porque resbaló torpemente, y al tratar de asirse a un lugar seguro tampoco respondieron sus manos. Al incorporarse, su rostro perdió todo su color, dando muestras de náuseas, como si nunca hubiera trabajado en gravedad cero. Hao le observó desconcertado.

—Al final voy a darte la razón y tendré que dejar de beber. Me encuentro fatal sólo por un trago inocente.

—Lógico, te pasa por tener la cabeza en las fiestas y las distracciones y no en el trabajo duro. Ahora mismo voy a reparar el dispensador y en un rato volverá el agua corriente. Ya toca que alguien con cabeza ponga algo de orden aquí.

Eso decía Hao, pero sus palabras se le escaparon del cuerpo con el resto de sus energías, pues también al levantarse parecía afectado por la misma embriaguez de Jun. Se vieron los dos flotando en el centro de la nave, sin poder evitar chocar, al arbitrio de la suerte, los miembros vagos y la cabeza vacía. Jun tenía los ojos en blanco y boqueaba, pálido de asombro. En sus mejillas desvaídas afloró un rubor escarlata.

—No sé por qué... pero noto como si la cabeza se me fuera a derretir... me arde por dentro.

Hao se rió a carcajadas y le señaló con el dedo, luego se señaló a sí mismo. Todo le sonaba muy divertido, y al mismo tiempo sus risas denotaban un sopor tremendo, como si se le borrarán los pensamientos de la mente. Cerró los puños y se golpeó el pecho en un gesto tan concentrado como rabioso, y cada golpe resonaba con el clamor del gong de un templo.

—Es la atmósfera del planeta.

—¡Qué dices, tío, estás borracho!

—Sí, los dos lo estamos. Algún elemento gaseoso está provocando cambios moleculares en el agua de nuestro tanque. El agua gana dos átomos de carbono, cuatro de hidrógeno y ahí tienes el alcohol.

—Vale... ya lo sé, no te pongas melodramático.

En aquel punto ya no necesitaba mayores evidencias. Los dos exploradores se encontraban en problemas. Yo, dentro del escaso margen de mis atribuciones, poco podía hacer: cualquier señal de ayuda que enviara para ellos tardaría demasiado en llegar al destinatario y regresar a la nave. Les urgí a comer algo a la mayor brevedad, para al menos matar el apetito y enfrentarse con el estómago lleno a lo que tuviera que suceder, pero nadie me prestó atención.

Los ojos de Jun se le iban al exterior, intuyendo más allá terribles amenazas, y se sostenía la cabeza con verdadero miedo. El hombre se movía con parsimonia y descoordinación, como un muñeco abandonado a una caída libre que nunca termina de suceder. Los intervalos de sus respiraciones, cada vez más espaciados, les obligaban a darse un respiro, cada vez más largo, antes de responder. Hao boqueaba de risa. Jun se pasó el guante blanco, liso en la parte del envés, rugoso en la de la palma. Goterones de sudor le caían por el rostro, y al estar inclinado en diagonal sobre el suelo de la nave, dejaban humedecida sólo la mitad de su cara. Seguía lanzando Hao unas carcajadas sofocantes, roncadas, exentas de toda voz, y no pudo parar hasta que topó con él su vaso de alcohol, que había estado flotando a la deriva todo el tiempo. Lo cogió embobado y enarbolándolo a su compañero le suplicó entre lágrimas.

—Explícamelo entonces, cómo es posible que yo también me sienta borracho si no he bebido más de una gota.

—Tú seguías con el refresco, cierto. Es ridículo. No lo sé. No me hagas pensar. Estoy muy cansado, y hace tanto calor...

—Calor...

Y entre Hao y Jun pasó una ráfaga de

tacto reseco, un puñado de rayos finos y débiles como lapiceros que apenas superaban el impacto de una caricia. Yo deseaba añadir mi conclusión, resultado de un estudio provisional de los componentes del entorno, pero un protocolo contra actividades ilícitas me obligaba no sólo a dejar de grabar sino a borrar las conversaciones mantenidas aquella mañana, y no aportar más información a menos que se solicitara. No fue, sin embargo, nada intencionado por mi parte el dejar que vieran el termómetro de la consola

—Eso es. Son las altas temperaturas de la atmósfera. Ha llegado a nosotros. Está en nuestra sangre... Es nuestra sangre... todos los líquidos se ven afectados, todos... se transforman...

Así quedó la frase, inerte, suspendida a expensas de que algo la recogiera. Igual de solemnes y quietos, los cuerpos de los astronautas, dos instrumentos ya obsoletos, aquiescentes pululaban sobre el laboratorio portátil y el utillaje y los mandos, sobre todas las cosas que ya les eran ajenas, pues no les pertenecían más ni ellos a ellas tampoco.

Permanecieron de esta manera la nave y el planeta, hermanos pequeño y mayor. Por la superficie de la bola bermellón de Sygma 3 cruzaron las estaciones y las nubes y las tormentas de arena y polvo, hasta que los satélites del centro de mando de la Base recibieron el aviso de emergencia por abandono de funciones, y a través de miles de años luz, en todas las estaciones espaciales, en las colonias humanas y en los medios de comunicación de la Tierra sonó el mismo aviso: —¡Buenos días! Cantemos juntos loor al Líder glorioso, pues gracias a su benevolencia todos los trabajadores caminamos hacia el mejor progreso. Y tú, ¿aún no sabes cómo ayudar a tus hermanos?, ¿por qué no recuperar una nave en perfecto estado para futuros viajes espaciales y explorar otros mundos habitables? En la Espiral de Daphne, situada en órbita geostacionaria en Sygma 3, una Caminante de tercera generación, sin apenas desperfectos, espera nuevos rumbos. Sólo tienes que abonar veinte créditos como aportación para los gastos de transporte hasta la nave. ¿Por sólo veinte créditos? ¡Los humanos nos hemos vuelto locos!

Y lo mismo que las ideas nunca

permanecen iguales, porque mudan con el tiempo y con nosotros mismos, y con el choque de otras ideas, y como los hombres y los propios astros tampoco se repiten porque describen movimientos con alguna ligera variación, en las pantallas táctiles de las ventanas trapezoidales de la nave brilló con tinta electrónica color ceniza una palabra sola. Débil y breve fue su impresión por los conflictos entre tecnologías y por el duro viaje hasta los sistemas de la nave, desde la inteligencia emisora y a través de la densa atmósfera, y la palabra decía: «Bienvenidos».

Una serie de labores rutinarias me mantiene ocupado en la nave. Cuando las termino, anoto en el diario de a bordo los últimos acontecimientos. En el disco duro donde está almacenado el diario encuentro también los libros de Young Mi que Jun había guardado en una carpeta protegida con una contraseña que he superado sin esfuerzo. Leo con gran interés y reflexiono sobre temas en los que nunca había pensado. Quizá Jun estaba en lo cierto. Siento que no he priorizado bien mis lealtades. O quizá es que mi procesador funciona de manera defectuosa por lo que fuera que mutó en la atmósfera de la nave.

A falta de actividad humana que me requiera, mis sistemas se congelan y duermo un largo sueño. En un futuro llegaré a saber lo siguiente. En la superficie de Sygma 3, muchos años después de nuestra llegada, dos investigadores extienden la vista en derredor. Captan el polvo, que atribuyen a las nubes negras allá arriba. Ha empezado a llover y la borrasca que reptaba por el horizonte guarda una calima asfixiante en su bolsa de aire, pero no tienen dudas y así lo consignan en sus informes. La polución baja desde un tráfico extraño y creciente en la exosfera. Sacuden las cabezas y se van, bailando al son de una flauta.

Entrevista: inauguración de la editorial Memento Mori

Héctor Cortiguera

Memento Mori es una editorial de reciente aparición, una iniciativa realmente arriesgada tanto en continente como contenido, ya que apuestan por una vuelta atrás hacia las auténticas novelas de bolsillo; pequeñas historias llenas de acción y aventuras, ideales para leer de una sentada. Y como aquellas viejas novelas de a duro, en Memento Mori apuestan por la novela de género pero sin ser puristas. Aquí cabe todo y se celebra e incita la mezcla.

Hasta ahora han publicado dos libros: "Nigromancia en el reformatorio femenino", de John Tones, una sórdida historia de misterio en un ambiente muy peculiar (¡el título lo dice todo!) y "Perros del desierto", de Francisco Serrano, un apasionante western de ciencia ficción.

Hemos querido aprovechar este nuevo número de Sci-Fdi para poder charlar con ellos y dar a conocer esta línea editorial tan interesante.

Comenzamos entrevistando al editor, Alberto Haj-Saleh, y continuamos con el autor Francisco Serrano, del que también publicamos en este número el primer capítulo de su libro "Perros del desierto".

Alberto, la iniciativa de Memento Mori parece muy arriesgada, teniendo en cuenta el panorama editorial español. ¿Qué os impulsó a sacar adelante esta colección? ¿Cómo pensáis que es el público de esta colección?

La locura, claro, abrir una colección como Memento Mori esperando hacernos ricos es bastante inverosímil, sumada a demasiadas cervezas en una noche. Ya más en serio: la motivación principal de poner en marcha la colección es la convicción de que existe ese espacio en el panorama editorial para las novelas de género y sobre todo que existe una masa potencial de escritores más que decentes que pueden y desean escribir novela de género.

Aspiramos a que nuestro público sea más

heterogéneo del que se podría pensar a priori. Si algo nos ha enseñado Internet es que lo que antes se despachaba como "frikismo" resulta que en realidad no es más que una querencia por una serie de géneros que han marcado la educación sentimental de mucha gente y que, de repente, se encuentran con que no están solos echando de menos esos géneros. No hay absolutamente ninguna razón para dejar de leer ciencia ficción, o terror o novelas de aventuras, ninguna. Así que la idea es que el público de la colección sea cualquiera que vea los libros y piense "qué buena pinta".

Estas dos primeras publicaciones apuestan por la mezcla desvergonzada de géneros literarios. ¿Qué nuevas combinaciones tenéis para nosotros? ¿Nos podéis adelantar alguna sorpresa?

¡Si os las cuento ya no es una sorpresa! Bueno va: En cartera tenemos al menos una novela de aventuras bastante demoniaca y una historia a medio camino entre *La guerra de los mundos* y una pesadilla lovecraftiana.

Estas obras son pequeñas, en cuanto a extensión. ¿Cómo será la extensión de futuras novelas? ¿Pensáis que el formato corto tiene futuro?

Pues mira, ha sido casualidad, pero las novelas siempre andarán entre las 120 de *Perros del desierto* y las 180 de *Nigromancia en el reformatorio femenino*, de hecho esta extensión breve es parte de la filosofía básica de la colección. Estos son libros pensados para ser leídos de una sentada, para llevarlos al metro, al tren, a la sala de espera, a la cola de hacienda, adonde sea, pero para llevarlos encima. Eso implica que tienen que ser breves, fáciles de llevar y de tamaño compacto. Además, pocas páginas implica ir al grano inmediatamente, que es otra de las cosas por las que apostamos.

¿Habéis pensado en utilizar el cómic como

plataforma?

Pues ojalá... pero de momento no, de momento vamos a ver qué tal van las novelas y si la respuesta es positiva veremos cómo ampliamos los tentáculos de Memento Mori. Pero me encantaría, ¿eh? De hecho hicimos una edición limitada de un fanzine para regalar a la gente que comprase las dos novelas en pre-venta a través de nuestra web y el fanzine tenía un par de historias inéditas y unas cuantas ilustraciones, y la verdad es que fue un exitazo, tanto que me parece que vamos a repetir la idea con los dos próximos. Y oye, yo veo las ilustraciones y casi que es inevitable pensar en un Memento Mori Comics... pero por ahora no nos lo planteamos.

Seguimos con Francisco Serrano, alias Frunk Funkhouser

En la novela encontramos ciencia ficción postapocalíptica mezclada con un western lleno de tipos duros, ¿podrías comentarnos algunas de las referencias que usaste?

Las influencias me las han ido desglosando después, yo no soy consciente del todo de las cosas que he ido birlando aquí y allá. Desde luego no lo era durante la escritura. Creo que la idea original nace de un cruce bastante natural en mi cabeza de "Dune" de Frank Herbert y "Meridiano de sangre" de Cormac McCarthy. También fue muy importante la película "The proposition" de John Hillcoat, quizá por hacerme comprender hasta qué punto el western es un género mutante, que acepta casi todo. Me gusta pensar que hay algo de Elmore Leonard en algunos diálogos.

Y, más en general, ¿cuáles son tus autores u obras favoritas? ¿Cuáles son tus novelas preferidas? ¿Cómics? ¿Películas?

Acometer semejante enumeración sería un trabajo tan extenso, tan sujeto a caprichos y estados de ánimos, tan sujeto a revisión constante, que me dan vahídos solo de pensarlo. Por citar algunas obras y autores claves, además de los arriba citados, podría mencionar "Ada o el ardor" de Nabokov, a Coetzee, "Warlock" de Oakley Hall, las historias de robots de Asimov, a Robert Silverbergh, a Jack Vance, cualquier cosa que haya escrito James Ellroy, incluso su lista de la compra, Borges, Bioy Casares, Phillip Roth.... Son legión, me temo. En cine y cómics podría hacer una lista igual de desordenada.

Si bien en el cine se asocia, muchas veces, ciencia ficción con películas de aventuras llenas de acción, en la novela no suele ser tan frecuente. ¿Qué te impulsó a escribir esta ciencia ficción con un tono tan pulp?

Creo que el mismo impulso que nos mueve a todos los que intentamos escribir: volver a contar, a nuestra manera las cosas que nos han gustado, emocionado o fascinado en las obras de nuestros mayores. En mi caso, aunque no exclusivamente, ese sustrato es de género, tanto de ciencia ficción como de terror o noir. Y, claro, también porque los libros de Memento Mori han de ser trepidantes y violentos y no cabía escribir "Perros del desierto" de otra manera.

¿Qué clase de público crees que leerá tu novela? ¿A quién crees que gustará especialmente? ¿Crees que habrá más autores que se vean inspirados por tu novela a hacer algo parecido?

¿Además de amigos y familiares, quieres decir? Espero que la propuesta sea lo bastante atractiva como para llegar incluso a los que no se considerarían lectores de género, de ciencia ficción o western, en primer término. En cuanto a lo de poder ser inspiración para otros, no sé. Si este pobre emeritense ha escrito una novela de ciencia ficción y aventuras desérticas es que cualquiera puede. Quizá esto anime a alguien. Quién sabe.

Un perro aulló en alguna parte (avance del libro 'Perros del desierto')

Francisco Serrano

I. Ecóloga

En el búnquer del espaciopuerto hacía frío. Los sellos herméticos que evitaban la pérdida de humedad durante el día estaban abiertos para que circulase el aire y el desierto nocturno se filtraba helado por el sistema de ventilación con graznidos de aves nocturnas y gañidos de perro. El hombre miraba a los controladores y a un técnico que sostenía una petaca de licor casero. En las pantallas del búnquer aparecían cifras y trayectorias. Conectaron las cámaras de la pista de aterrizaje, un páramo de hormigón todavía vacío, calcinado por más de cincuenta años de aterrizajes y despegues. En los altavoces crujidos de estática y un piloto anunciando su llegada en menos cinco, menos cuatro, menos tres. El silbido del transporte de carga cayendo por el pozo de gravedad. Cuando era un muchacho, el hombre y algunos amigos iban hasta unas colinas cercanas al espaciopuerto y veían llegar los transportes desde la estación en órbita de la Autoridad Colonial. La estrella que aparecía de la nada y se iba convirtiendo poco a poco en fuego de retrocohetes. Visto desde búnquer sin ventanas, en sus pantallas de baja resolución, todo era más aburrido. El hombre bostezó. Metió las manos en su cazadora marrón, el emblema de la OSC en el pecho. El transporte tomó tierra. Los controladores bostezaron. El técnico bostezó. El hombre bostezó de nuevo. La petaca circuló entre ellos pero él prefirió no beber. No quería que el aliento le oliese a alcohol.

Por fin le permitieron salir del búnquer. De una construcción subterránea similar ya salían los estibadores, montados en vehículos de carga, las ruedas de oruga chirriando en el hormigón salpicado de arena. El aire olía a combustible quemado y los animales del desierto habían quedado en silencio. Todavía tuvo que esperar unos minutos a que descendiera la única pasajera civil del transporte. Salió por el extremo opuesto de la nave. La mujer caminaba con precaución,

asentando cada paso, dubitativa. Andares de la gente que había pasado demasiado tiempo en el espacio.

El hombre se acercó hasta ella. ¿Claire To?, dijo.

La mujer lo miró, parpadeando deprisa a la luz de los focos y los reflectores de la pista de aterrizaje. El macilento color del mareo. Sí, dijo. Soy yo.

El hombre extendió la mano. Raimundo Cruz, dijo. Sargento de la Oficina de Seguridad Colonial.

Más que darle la mano la mujer se sostuvo en él. Llevaba un macuto de viaje al hombro y vestía un mono de color verde suave. Ropa de espaciales.

¿Quiere que se lo lleve, señora?

No, no se preocupe.

Acompáñeme, por favor.

La mujer lo siguió un par de pasos y se detuvo. Pero mi equipo...

Por lo que me han dicho tardarán unas cuatro horas en sacarlo del transporte, señora. Se lo enviarán mañana al Burgo.

¿Al Burgo?

Nueva Edimburgo. Por aquí lo llamamos el Burgo.

Oh, dijo ella. Trastabilló. Cruz le sujetó el brazo.

En serio, ¿se encuentra bien?, dijo.

Hacía tanto tiempo que no caminaba por tierra firme...

Salieron del espaciopuerto. Claire To se detuvo. ¿Qué es eso?

El deslizador, señora.

El vehículo tenía el aspecto de un carro de combate negro montado sobre una balsa hinchable. Blindaje en las ventanillas y en la bolsa neumática. El escudo de la OSC, la silueta roja de un halcón, pintado en las puertas.

Las turbinas crean un colchón de aire que...

Ya, sé cómo funciona. ¿Es seguro?

Claro, señora. Es el vehículo oficial de la OSC.

Ella suspiró. Perdone, estoy un poco aturdida... ¿Cómo se llamaba usted?

Cruz, dijo él. Llámeme Rai.

De acuerdo. Gracias.

Me han asignado para asistirle en todo lo que necesite.

No creo que necesite mucha asistencia. Sólo tengo que tomar datos y visitar algunos puestos climatológicos.

El desierto es peligroso. No puede usted... Bueno, no puede ir sola. Algunos de esos puestos están bastante lejos y otros sencillamente ya no sabemos dónde están. Habrá que buscarlos.

Claire To se le quedó mirando un instante. De acuerdo, dijo. Pero necesito un momento antes de montarme en ese trasto.

Aspiró con fuerza. Creo que el aire se me está subiendo a la cabeza. ¿Siempre huele así?

Cruz se sentó en el capó del deslizador. ¿A qué huele?

No lo sé, dijo ella. No huele como la estación, ya sabe, ese olor a gente, a aire reciclado... Aquí huele diferente. Tampoco huele como la Tierra, creo. No lo sé. Hace casi tres años que me fui de allí. Bueno, muchos más años en realidad, pero ya me entiende.

Cruz buscó su tabaco, metido en una bolsita de cuero, y comenzó a liar un cigarrillo. El gesto reveló el revólver que llevaba al cinto. Ella lo miró pero no dijo nada. Usted ha tenido suerte, dijo Cruz. Mi abuelo salió de la Tierra y sabía que no iba a volver jamás, pero cuando el Portal esté funcionando usted podrá volver si le apetece. Dicen que estará funcionando en un par de años, por fin, después de tantos retrasos.

¿Es cierto que puede verse el Portal desde la superficie?

Sí, señora. Es la estrella más brillante.

Cruz indicó la dirección con el cigarrillo y luego lo encendió.

Nunca había visto un cielo así, dijo ella. Con tantas estrellas, sin luna.

Bajo la luz azulada la observó con detenimiento. Rasgos asiáticos diluidos, pelo oscuro y largo recogido en una coleta. Era francesa, le habían dicho. Debía tener unos

treinta años, un poco mayor que él. Le resultaba atractiva de una manera confusa. Porque nunca había visto a una mujer igual, supuso.

No sé si querría volver a la Tierra. A saber qué está pasando allí ahora mismo.

Lo sabremos pronto, dijo Cruz. Cuando activen el Portal.

Ella sonrió. Podemos salir ya si quiere, sargento.

A mandar, dijo él. Tiró el cigarrillo

Se puso a los mandos del deslizador. Ella se colocó en el asiento del copiloto e intentó encajar el macuto en el estrecho hueco a sus pies.

Cuidado, le dijo. Hay una escopeta bajo el salpicadero.

Oh, dijo ella. Dejó el macuto en su regazo.

Cruz encendió las turbinas y el deslizador se elevó del suelo con suavidad. Enfilaron la carretera en completa oscuridad, los faros mostraron la cinta de asfalto resquebrajado, comido por el desierto, pasando bajo ellos.

¿De dónde es usted?, le preguntó Claire To.

Mi familia es de Amarillo, Texas. Yo nací aquí.

¿Primera generación?

Primera generación, señora. Soy un extraterrestre.

Ella rió. Yo nací en París.

Dice que salió de la Tierra hace tres años, ¿no?

Es difícil de calcular, pero algo así.

Me hace gracia. Eso quiere decir que usted nació hace unos doscientos años, antes incluso de que mi abuelo llegase a este planeta. Pero usted tiene la impresión de que la pusieron a dormir antes de ayer, como quien dice.

Intento no pensarlo, dijo ella. Es perturbador. No es sólo que toda la gente que conocía en la Tierra esté muerta ya. Es que no sé si existe París todavía. No sabemos nada. ¿No le inquieta a usted?

Para mí ha sido toda la vida así.

La silueta de la Cordillera Sur se recortaba ya contra el cielo nocturno, perlada en su ladera por las luces de la colonia. Treinta mil almas en un complejo entramado de túneles, trapas de viento, roca viva cortada con láser en la que se había encajado los módulos de viviendas. Nueva Edimburgo medraba despacio al abrigo de la cordillera, de espaldas al desierto profundo. Era pequeña comparada con las colonias del círculo polar y el punto habitado más al sur del planeta. La frontera natural de la cordillera sólo la traspasaban los ecólogos, climatólogos y planetólogos del proyecto de terraformación. Gente como Claire To.

Creía que la colonia era subterránea, dijo ella entornando los ojos y pegando la cara al parabrisas. Ya eran visibles los módulos exteriores, enormes estructuras rectangulares parecidas a cajas de zapatos. A su alrededor se había formado un arrabal de casuchas y chabolas entre las que ardían fuegos pálidos y se alargaban las sombras y las siluetas de sus habitantes.

Lo es en su mayor parte, dijo Cruz. La gente se aburrió de hacer vida bajo tierra, sobre todo desde que el tiempo mejoró. Tuvimos seis días de lluvia el año pasado, imagine. Se construyeron algunos módulos fuera, el ayuntamiento, la Oficina de Seguridad Colonial, el mercado...

Claire To lanzó una exclamación. ¿Ha visto eso?

¿Qué?

Creo que he visto un lobo, ahí, en la cuneta...

¿Un lobo? No hay lobos aquí, señora. Sería un perro.

Era enorme.

Tenemos perros enormes, sí. Muchos se han vuelto cimarrones y viven en el desierto, cazando liebres y bebiendo no se sabe qué. Algún día le contaré las historias que tenemos sobre perros vampiro.

Entraron en la avenida principal de Nueva Edimburgo. No había nadie en las calles. Las farolas colgaban entre postes de tendido eléctrico y parpadeaban como balizas perdidas. El deslizador iluminó las fachadas de los edificios, pintadas de colores alegres, rojo,

azul, verde, apagados por la intemperie, mordidos por el sol y las tormentas de arena.

Cruz detuvo el vehículo junto a lo que parecía una enorme puerta de garaje. Ya hemos llegado, dijo. Bajaron del deslizador. Junto a la puerta había una garita y un hombre salió de ella, les echó un vistazo distraído y escupió a un lado. Buenas noches, jefe.

Cruz respondió al saludo. ¿Noche tranquila?

Como un cementerio, dijo el hombre. Llevaba una chaqueta como la de Cruz y una gorra también con el emblema de la OSC. Un aturdidor eléctrico en el cinturón. Al pasar a su lado el hombre se tocó la visera y dijo : Señora.

La puerta daba paso a unas escaleras y al descender llegaron a una estancia de techo abovedado con otras tres puertas igual de grandes que la exterior. Desde aquí se llega a las galerías de los módulos de vivienda, dijo Cruz. Le han habilitado un módulo en la galería tres. Sígame.

La galería estaba dividida en varios niveles de altura y comunicada con pasarelas móviles, la mayoría estropeadas. Establecimientos de comida y tabernas en los soportales bajo las pasarelas, tiendas de abonos y útiles para las granjas hidropónicas, respuestos para maquinaria agrícola y deslizadores. Flotaba por todas partes un aroma de derivados fritos del plancton. Se encontraron con pocos colonos, la mayoría borrachos que abandonaban las tabernas, hombres y mujeres solitarios y taciturnos, curtidos, gente de rostro tostado en toscas ropas de trabajo, los ojos inesperadamente pulcros, blancos, protegidos del sol y del viento por gafas oscuras cada minuto que pasaban en el desierto, tratantes de dromedarios y cerdos, mecánicos, operarios de plantas de reciclaje, y los mucho más pálidos funcionarios de la Autoridad Colonial. Abandonaron la galería principal y se internaron por uno de los múltiples túneles que se abrían a los lados. Pasillos más estrechos, puertas numeradas. Aquí dormían los colonos.

Cruz se detuvo ante una de las puertas. Recuerde, dijo. Galería tres, pasillo veintisiete, puerta nueve. Pasó una tarjeta de plástico por el lector junto a la cerradura y la puerta se abrió con un suspiro. El módulo tenía unos

veinte metros cuadrados de espacio aprovechado al máximo, una litera, electrodomésticos empotrados en las paredes, un ordenador con acceso a la Red Local. Hay comida en los armarios, dijo Cruz. Latas, plancton liofilizado, esas cosas. En el mercado podrá comprar comida auténtica si le apetece.

Gracias, dijo Claire To. Entró en el módulo y dejó el macuto al lado. Estoy agotada.

Mañana vendré a buscarla. Si me necesita antes puede buscar mi correo electrónico en la página de la OSC.

Muchas gracias, Rai, dijo ella. Espero que mi visita no le trastorne mucho.

No se preocupe, señora.

¿Puedo hacerle una pregunta?, dijo. Señaló el revólver en su cintura. ¿Utiliza mucho eso?

Él sonrió. No, señora. Sólo cuando se presenta algún lío serio y no solemos tener muchos por aquí.

Le entregó la tarjeta de plástico.

Buenas noches, dijo.

Buenas noches, sargento.

Tras dejar a ecóloga subió un par de niveles hasta su propio módulo. Entró a oscuras y comenzó a desvestirse en la claridad de las luces testigo del ordenador y los electrodomésticos. Dejó doblado el uniforme sobre la cama, sin una arruga, y sacó otra cazadora y pantalones del armario y se vistió y volvió a ponerse las botas. Se contempló un momento, pensando. Había metido las perneras en la caña de las botas, la etiqueta de los agentes de la OSC. Nunca las llevaba de otra manera, incluso vestido de civil. Lo identificaba en cualquier lugar como un hombre de la ley. Todos los agentes que conocía hacían lo mismo. Siempre botas, siempre pantalones oscuros, hasta cuando se retiraban y no hacían otra cosa que frecuentar bares y ver cómo crecían los silos de plancton en el horizonte. Dio un tirón a cada pernera y las sacó. Las alisó sobre los tobillos. Se sintió repentinamente solo. Como perdido en una ciudad extraña. Se frotó los ojos y salió del módulo.

En la taberna del sueco había un único cliente. Gómez, al final de la barra, con una botella de cer veza. Las mismas arrugas a la

altura de los tobillos. El sueco pasaba un trapo por la barra. Vamos a cerrar, dijo.

Es sólo un momento, dijo Cruz. Se sentó junto a Gómez. El sueco le sirvió un par de dedos de aguardiente de semillas. Ni un trago más, dijo.

Gracias, Sven.

Gómez bebió de su botella y luego dijo: ¿Qué tal con la ecóloga?

No sabe distinguir un perro de un lobo, dijo Cruz. Pero qué sé yo de ecología.

Gómez rió. Cruz bebió, tosió, se pasó el dorso de la mano por los labios. ¿Qué ha dicho el tipo?, dijo.

Que no hay problema. Podremos verla esta noche.

Ya.

¿Todavía desconfías? El coreano es de fiar.

Todavía no estoy seguro de que la chica exista.

Gómez se encogió de hombros. Esta noche lo descubriremos, dijo.

El burdel estaba en la llanura. Vieron sus luces amarillentas relumbrando en la oscuridad, al abrigo de una colina rocosa. Dos contenedores de carga que alguna vez pertenecieron a una nave espacial, veinte metros de largo cada uno, conectados mediante una pasarela tubular también pensada para su uso en el vacío. La pasarela parecía el segmento deshinchado de un gusano gigante. Las siluetas de una media docena de vehículos, incluso un viejo camión con motor de explosión. Gómez aparcó el deslizador y bajaron. Las botas crujieron en la tierra. Constelaciones abigarradas se hundían tras la cordillera. Un perro aulló en alguna parte.

La entrada era circular, una escotilla desmantelada. Música festiva en el interior del módulo, reproducida por un defectuoso sistema de altavoces. Sonaba a lata. Clientela taciturna, hombres solitarios en su mayoría, mirando de soslayo a las putas. Un grupo de granjeros bebía aguardiente e intentaba pasárselo bien, imponer sus voces cascadas a los altavoces con canciones sobre el desierto, la llanura y las mujeres bonitas. Las paredes

estaban cubiertas por cortinajes ajados, llenos de manchas y quemaduras de cigarrillo. El camarero los caló al instante. Gómez hizo un gesto con la mano para calmarlo. El camarero se tranquilizó al comprobar la ausencia de insignias y uniformes. Se acodaron en la barra y pidieron cer veza. Un par de matones del burdel se paseaban con aturdidores y porras al cinto y botas de piel de serpiente.

¿Dónde está?, dijo Cruz.

Gómez negó con la cabeza. No le veo, dijo.

Las putas esperaban sentadas en butacas y sofás raídos. Vestidas con saltos de cama y camisones. Las caras embadurnadas de afeites. No bailaban, no hacían gestos a los clientes. Enfermas y drogadas. De vez en cuando un granjero se acercaba a una y la llevaba del brazo hacia la escotilla del fondo. Por allí apareció el hombre al que esperaban, un coreano de aspecto furtivo. Se acercó hasta ellos y los saludó con un artificioso respeto. Agentes, dijo.

Gómez negó con la cabeza. No nos llames así.

De acuerdo, de acuerdo, dijo el coreano.

¿Dónde está la chica?, dijo Cruz.

El coreano negó con la cabeza. Está muy mal, dijo. No quieren que nadie la vea.

Cruz apretó la botella de cer veza. Gómez iba a decir algo cuando uno de los matones se acercó. Vosotros, dijo. Fuera.

Oh, no, dijo el coreano. Son amigos. Son buenos.

El matón tenía tatuajes en la cara. Un tigre dorado en la solapa de su chaqueta. Aquí no tienen amigos, dijo.

Tranquilo, dijo Cruz.

Si sois agentes, ¿dónde están vuestras placas? ¿Y los uniformes?

Cruz dejó la botella en la barra. ¿Quieres que vengamos con placas y uniformes? Entonces sigue así. Tiraremos este antro abajo, te lo aseguro.

El matón sonrió. Sí, claro, dijo.

Sólo queremos hablar con la chica, dijo Gómez. No es un asunto oficial.

Todavía, dijo Cruz.

No, dijo el matón. Cerró puso una mano en la empuñadura de la porra, un gesto de calculada indiferencia. Les dio la espalda y volvió con las putas.

Qué coño está pasando, dijo Gómez. Se volvió hacia el coreano. Creía que estaba todo hablado.

El coreano sacudió la cabeza. Quieren más dinero, dijo. No les gustan los desconocidos y menos si son de la OSC.

¿Cuánto?

Cien coloniales. En efectivo.

¿En efectivo?, dijo Gómez.

Mierda, dijo Cruz. ¿Cuánto te llevas tú de esos cien?

No, no, yo no, dijo el coreano. Yo sólo hago un favor a mis amigos de la OSC.

Seguro, dijo Cruz. Sacó un par de billetes de veinte créditos coloniales. Se los puso en la mano al coreano. Esto es lo que hay, dijo. Punto.

El coreano se retiró con el dinero. Al otro extremo de la barra se montó un altercado. Los granjeros borrachos habían empujado y vertido la cer veza de un tipo. El hombre tenía una espesa barba castaña. El rostro curtido por el viento y la arena. Unas gafas ahumadas de aviador le colgaban del cuello y llevaba un poncho de lona basta para el desierto, decorado con motivos geométricos rojos y verdes. El hombre les dijo algo y los granjeros volvieron a empujarle. El hombre dio un puñetazo al granjero que tenía más cerca. Dos matones saltaron sobre él. Le golpearon con las porras en la espalda. El hombre trastabilló y los matones lo cogieron por los brazos y le llevaron a la escotilla de salida. Los granjeros lo celebraron, brindaron con sus bebidas.

¿Era un nómada?, dijo Gómez.

Sí.

Malo.

Malo. Sí.

No es asunto nuestro.

No lo es, dijo Cruz. Bebió de su cer veza. El coreano hablaba con el matón de los tatuajes en la cara. Les hizo gestos para que se

acercaran. Lo siguieron por la escotilla del fondo y la pasarela tubular. El matón les sonrió. La tinta de su rostro era móvil y se estaba reconfigurando en un nuevo diseño. Como contemplar el avance de un nido de serpientes. El contenedor contiguo olía a animales hacinados. Habían levantado tabiques de fibra vegetal. Las habitaciones no tenían puerta, apenas cortinas de cuentas. Colchones por los suelos. Vieron culos sudorosos subiendo y bajando. Una sinfonía de quejidos y gruñidos. Siguieron por el largo pasillo hasta la habitación de las putas enfermas. Mujeres jóvenes y devastadas, con bocio, con tuberculosis, con chancros sifilíticos, tiradas en esteras de cáñamo. Una peste a enfermedad y dolor. Una puta vieja les gritó y les empujó, intentando echarles. El coreano la abofeteó. La vieja se apartó gimoteando. La chica estaba al fondo de la habitación, tendida en un jergón. Vendas sucias y saturadas de humores amarillentos cubrían las abrasiones de los brazos y las piernas y los pechos. El pubis afeitado y recorrido por un costurón quirúrgico. Las heridas estaban infectadas. Joder, dijo Gómez. Joder. La chica tenía catorce años.

La habían encontrado una semana antes en el desierto, cubierta de sangre y arena. Vivía con sus padres en una granja solitaria de las colinas. Eran paquistaníes. Una banda había atacado la granja. Habían puesto las cabezas de sus padres en estacas. Ella había sido violada, arrastrada por un caballo, torturada con cuchillos y vuelta a violar. Después la abandonaron en el desierto. Una caravana de comerciantes de seda la encontró camino del norte y la dejó en el primer lugar habitado que encontraron. El burdel. Un médico le había vendado y grapado las peores heridas y nada más. Agonizaba desde entonces.

¿Puede hablar?, dijo Cruz. La chica hablaba una jerga que sólo entendía el coreano. Se inclinó hacia la chica y le tocó el rostro. La chica abrió los ojos. Tenía un brillo febril en la mirada. Dijo un par de palabras con la boca pastosa. La vieja le acercó una botella de agua a los labios, pero el coreano la apartó. Le preguntó algo. La chica asintió.

Esto es una vergüenza, dijo Gómez. ¿Por qué no la han llevado al Burgo?

El coreano se encogió de hombros. Cosa

de las putas, dijo. No se fían de nadie.

Nos la llevaremos, dijo Cruz.

No será fácil, dijo el coreano. Los matones no lo permitirán.

¿Qué pretenden?, dijo Gómez. ¿Ponerla a trabajar?

El coreano volvió a encogerse de hombros. Pagaron al médico que le puso las grasas. Ahora consideran que es suya.

Y una mierda, dijo Cruz.

Pregúntale por Wingate, dijo Gómez. Es lo importante ahora.

El coreano habló con la mujer. Ella respondió con monosílabos.

No, no sabe quien es.

¿Quién era el líder de la banda?

El coreano tradujo. La chica no sabía nada. Sólo había visto hombres a caballo. Con rifles y pistolas. Hombres locos del desierto, dijo.

¿Cuántos?

El coreano tradujo. Unos siete, dijo. Más o menos.

Cruz había impreso una fotografía de Wingate. La sacó del bolsillo interior de su cazadora y se la pasó al coreano.

Pregúntale si iba con ellos, dijo.

El coreano le mostró la foto. La chica desorbitó los ojos y se puso a llorar.

Bien, dijo Gómez. No te molestes en traducir eso.

Salieron al pasillo, los dos solos.

Así que está con ellos, dijo Gómez.

No es que no lo supiéramos.

Pero ahora estamos seguros. ¿Qué quieres hacer ahora?

Cruz frunció el ceño. Llevarnos a la chica, dijo.

Me refería a Wingate.

Bueno, yo me refiero a la chica.

Podemos volver a por ella. Al jefe le encantará cerrar un antro como éste.

Sí, pero dentro de un mes, tras veinte informes y una docena de reuniones. ¿Has

visto a la chica? Está más muerta que viva.

Entonces nos la llevamos.

Sí.

Se va a montar una buena. Lo sabes, ¿no?

Sí.

Tengo una escopeta en el deslizador.

Bien.

¿Crees que tendrán artillería?

Estoy seguro de que no tienen sólo porras y aturdidores.

Yo estoy seguro de que el camarero tiene algún pistolón escondido en la barra.

Pues más te vale tenerlo controlado.

Intentemos no matar a nadie, Rai.

Intentemos que no nos maten a nosotros.

Esto es un disparate.

Sí. Pero es lo que pasa cuando sales al desierto.

Cruz llamó al coreano. Tiraron de él hacia la escotilla.

¿Hay otra entrada?, le dijo.

No, la escotilla de salida está sellada. ¿Por qué?

No le contestaron. Cruz miraba los respiradores del techo, practicados con un cortador láser. Demasiado estrechos y demasiado altos. Pasaron por el tubo. Sal con nosotros, le dijo Cruz. Y te conviene no volver por aquí.

¿Por qué?, dijo el coreano. ¿Qué está pasando?

Todavía nada.

Volvieron al primer contenedor justo a tiempo para ver al nómada en la escotilla de entrada. Las gafas de aviador puestas. Sacó del poncho una pistola de señales y disparó contra el grupo de granjeros. La bengala surcó el burdel con un silbido, dejando en el aire una larga estela de magnesio como la cresta de un gallo, e impactó contra el pecho del hombre que le había empujado. La cabeza de la bengala había sido modificada. Chorros de fuego químico violeta saltaron en todas

direcciones, alcanzaron a los otros granjeros, se retorcieron en la barra de acero, se elevaron en llamas irisadas de brillo y colorido imposible, prendieron las cortinas de las paredes. Las putas gritaron. Los granjeros aullaron y se tiraron al suelo, corrieron cegados por el fuego que les devoraba el rostro. El fuego prendía en cualquier cosa. En la barra de acero, en las cortinas, en las putas. Gómez, Cruz y el coreano esquivaron las llamas. Los matones se abrían paso a golpes entre la gente. El nómada seguía en la puerta, contemplando su obra. Guardó la pistola de señales y salió al desierto. Un cuerpo en llamas abrazó al coreano y lo arrastró hacia la pira de los sofás y las butacas. El hombre desapareció en un torbellino de fuego verde. La cazadora de Cruz comenzó a arder sin motivo aparente. Gómez le tironeó del cuello y le ayudó a sacársela. Corrieron hacia la escotilla de salida. Los respiraderos del techo chupaban vaharadas de humo negro. Un muro de fuego se alzaba a sus espaldas. Corrieron por el desierto. Cruz tropezó y cayó de rodillas, tosiendo. Media docena de hombres habían escapado. Ninguna puta.

Cruz se incorporó y volvió a la escotilla. El fuego químico se había extinguido pero ahora un fuego convencional se cebaba en el mobiliario. Gruesos penachos de humo negro se elevaban de los respiraderos y la escotilla. Gritos en el segundo contenedor. Puños que golpeaban las paredes de acero. Cruz corrió hacia el tubo. Sacó su navaja e intentó rajar la goma, pero había sido fabricada para soportar tensiones imposibles y sólo consiguió hacerle un arañazo superficial en la primera capa. La goma estaba muy caliente. Había gente en la pasarela. Los gritos se fueron apagando. El fuego consumía el oxígeno. Los contenedores se llenaban de humo. Cruz se apartó. Los ojos le ardían. Los pulmones le ardían. Tenía quemaduras en las manos y el cuello. Se dio la vuelta. A lo lejos una figura a caballo. Un jinete solitario que se alejaba en la inmensidad azul del desierto. Gómez estaba vomitando junto al deslizador. Vio al matón de los tatuajes en la cara. Tenía una horrible quemadura química en el brazo y lo sostenía contra su pecho. Cruz desenfundó el revólver y se acercó a él. El hombre no le vio venir hasta que Cruz le pegó en la boca con el arma. El matón cayó al suelo. Cruz le hincó una rodilla en el pecho y le golpeó hasta que borró los tatuajes con

sangre. Nadie se lo impidió ni intentó separarles. Dejó al hombre allí tirado y se encaminó hacia el deslizador. Gómez lo miraba con los ojos enrojecidos. ¿Qué vamos a hacer ahora, Rai?, dijo.

Cruz enfundó el revólver manchado de sangre. No lo sé, dijo.

Nowhere Girl

(avance del libro 'The Jammers')

Magnus Dagon

*Nowhere girl what you had you need
Nowhere girl all functional and neat
Nowhere girl in self-imposed exile
Nowhere girl a martyr-like denial*

B-movie. *Nightmares in Wax*

Esta historia no habla de mí en realidad, y por eso no sé si es adecuado que diga mi nombre. Solo lo narro en primera persona porque así fue como he vivido todos estos acontecimientos, y contarlos desde fuera, de manera externa, sería una extraña manera de resultar leal y fiel a los sucesos.

Tampoco sabría muy bien por dónde empezar a narrarla, la verdad. La literatura no es lo mío. Eso espero que pueda quedar claro enseguida. No soy analfabeta ni nada parecido, pero desde luego no voy a ganar ningún Premio Nobel, o como sea que los llamen a este lado del universo.

En realidad tampoco sé muy bien por qué me ha dado ahora por ponerme en plan cuaderno de bitácora a lo *Star Trek*. Bueno, un poco sí que lo sé. Sé que es el momento, el instante adecuado para hacerlo. A veces uno lo sabe, y no necesita plantearse ya nada más para ponerse a narrar. Es como cuando tocamos en directo, a veces sale de dentro de uno la necesidad de una pequeña improvisación sobre el tema que tantas veces has interpretado.

Vale, otra vez me adelanté. Ya he dejado caer que somos músicos sin siquiera presentarnos de manera adecuada. Pero mi nombre de verdad no importa. Dejémoslo así. Con Echo, el mote por el que muchos me conocen, bastará, aunque no sea mi nombre de verdad. Y como dije, no voy a hablar de mí más que lo necesario en esta historia, así que de momento pasemos a mis compañeros, The Jammers.

Un nombre ridículo, pensarán algunos. Pensadlo dos veces, pues más ridículo suena Pearl Jam si uno se lo plantea, y ahí estuvieron arrasando Eddie Vedder y compañía en su momento. Además, es un juego privado el motivo por el que lo elegimos, porque no solo somos un grupo de música, también lo que se podría llamar, digamos, piratas de las ondas, "expertos en comunicaciones e incomunicaciones", como le gustaba decir a menudo a Distorsión.

Iré al grano, entonces. De cara al público somos un grupo musical que mezcla guitarras eléctricas con teclados y sintetizadores. Buscad una etiqueta si queréis, nosotros ya hemos dejado de intentarlo: *electrorock*, *trip-rock*, *ambient*... ya se inventarán los críticos alguna nueva en breve. Mientras tanto, si os sirve de referencia, podríamos decir que somos como si Hooverphonic y Depeche Mode se hubieran ido una noche de copas y en mitad de la fiesta se les hubieran unido los componentes de Balamb Garden. Tenemos unos cuantos *hits* de importancia, pero eso, si no viene a cuento, no me molesto en comentarlo ahora mismo. Os vais a una tienda u os conectáis a la Llanura y los descargáis, miraré para otro lado.

Bueno, esa es nuestra vida pública, digamos. Pero como ya he dicho, tenemos una segunda vida un poco más clandestina.

Para entenderla un poco casi mejor que hablamos ya de hechos concretos.

Vamos a situarnos en una de las colonias espaciales a las que fuimos de gira después de estar en Ernópolis I. Cuál, mejor no decirlo. Un empresario nos había contratado para incomunicar a su directo competidor el día en que había una oferta de naves espaciales de última generación. Dado que ambas compañías se dedicaban a la exportación, aquella que se las agenciara primero aplastaría a su rival. No es que fuera un trabajo que nos agradara demasiado, total, ni nos iba ni nos venía el negocio de esos sujetos. Además, con lo de la gira, estábamos empezando a ganar pasta y todo, que era algo bastante nuevo para nosotros (podían reservarnos plantas enteras de un hotel, vale, pero a la hora de la verdad, de la calderilla contante y sonante, no nos habían adelantado ni un miserable *qin* fuera de gastos de mantenimiento, alojamiento y comida).

Por eso cuando el tipo empezó a darnos largas, y dijo que de momento no nos pagaría, Distorsión se enfadó. Bastante, de hecho.

Ya mencioné antes a Distorsión sin presentarle. Él es el cantante de The Jammers, el líder del grupo en más de un sentido. Si yo no os voy a decir mi nombre porque creo que no apporto nada haciéndolo, bástese decir que él se pondría furioso si se conociera el suyo. Es celosísimo de su anonimato, por irónico que pueda parecer. Tanto que cubre su rostro con un holograma que imita a la perfección la nieve estática de los antiguos televisores. Bueno, eso lo sé yo, que me chifla la cultura de los años ochenta del siglo veinte, y sé cómo es la nieve de un canal no sintonizado, ya que en la actualidad se limita a mostrarse un canal muerto y fundido en negro.

Distorsión era buena persona, pero bastante irascible. Tenía un carácter complejo porque su pasado lo era. La diplomacia no era lo suyo, digamos, como demuestra el hecho de que tuviera a nuestro cliente agarrado de las solapas, a punto de levantarlo en vilo. Que por cara tuviera una interferencia en blanco y negro tampoco es que ayudara mucho, la verdad.

—Te lo vuelvo a repetir, queremos el pago, y lo queremos ya.

—Ya os lo he dicho —interpeló el tipejo al que Distorsión amenazaba, apartándose y alisándose el traje—, después de la compra de la nave el presupuesto de la empresa está muy limitado, tendrá que ser más adelante.

Al lado de Distorsión estaba Overdrive, el guitarra del grupo. Overdrive no era un ser humano, sino un alienígena grisáceo cuya mano izquierda acababa en dos muñecas; lo cual, como es obvio, le hacía ser un virtuoso del instrumento como pocas veces se ha visto en la historia de la música.

Aparte de eso solía destacar por ser el verdadero negociante de la formación, con cierta facilidad para la palabra adecuada y la sonrisa tranquilizadora. No fue ese el caso.

—Esta es la tercera vez que nos da largas —se limitó a decir, tratando de tomar la voz cantante para que Distorsión se calmara—. Páguenos ya.

Yo estaba junto a ellos dos, lista para lo que hiciera falta. Detrás de nosotros estaban

los otros dos miembros del grupo, Delay y Fase. Delay era un tipo que se caracterizaba por ser muy poco hablador y bastante serio. Era el bajista, y siempre llevaba gafas y mitones de piloto como los de los combatientes de la guerra de las Ocho Colonias. En cuanto a Fase, era todo lo contrario, de hecho: hablador, charlatán incluso, no callaba ni debajo del agua. Era el batería y tenía un tatuaje en el brazo derecho que lo recorría de lado a lado, en el que ponía "Ídolo Binario". No me hubiera sorprendido verlo algún día también en sus baquetas.

Sí, lo sé, os lo estáis planteando. No he dicho nada de mi propio aspecto. Dejémoslo ahí de momento, ya surgirá más adelante.

El caso es que ahí estábamos los cinco, delante del tío que nos había contratado, y éramos un crisol de emociones contrapuestas. Mientras que Distorsión estaba cabreado de veras por ver cómo le estaban tomando el pelo, Overdrive no hacía más que pensar cómo podía afectar ese escarmiento a nuestra reputación clandestina. Por otro lado Fase estaba fastidiado por haber tenido que currar por nada, y Delay solo pensaba en el dinero que seguía sin llegar a nuestros bolsillos.

Por mi parte, yo estaba harta. Harta de tener que tratar con gusanos como aquel, de tener que hacer cosas que en realidad no me gustaban. Harta de saber muy bien cómo estaba a punto de acabar aquello, como otras tantas veces. Teniendo que dar una demostración de que íbamos en serio.

—Ya os lo he dicho —prosiguió el tipejo sin más miramientos—, no pienso pagaros ahora.

Distorsión se alejó unos pasos hasta llegar a un amplio ventanal octogonal que daba a un almacén de carga de factura muy moderna e hiperfuturista.

—Ahí están tus nuevas naves, ¿verdad? —se limitó a decir. Después de eso apoyó la mano en el cristal y se quedó un rato concentrado, sin decir nada. No podía verse pero su rostro estaba crispado por completo. Los demás lo sabíamos. Habíamos visto esa muestra de rabia y violencia antes.

El cristal estalló en miles de fragmentos frente a la mano de Distorsión. Al mismo tiempo, docenas de cortocircuitos empezaron

a producirse por todo el almacén, de manera aparentemente aleatoria, pero no había que ser un genio para darse cuenta de que no era así. No hubo explosiones, sólo descargas por todos lados, pero la maquinaria había quedado inutilizada por completo, incluyendo las nuevas naves de la empresa. No nos cabía la menor duda de ello.

Eso era lo que Distorsión era, eso era lo que sabía hacer.

—¿Qué has hecho? —gritó nuestro antiguo cliente, que obviamente ya no nos pagaría jamás—. ¡Os mataré por esto! —dijo activando un botón que tenía disimulado en la chaqueta.

—¡Echo! —fue la única orden de Distorsión. No me hacía falta más que eso para ponerme en acción a tiempo. Montones de defensas teledirigidas trataron de dispararnos, pero extendí la mano y ese mero gesto hizo que todos los disparos fueran rebotados, la mayor parte hacia las propias máquinas, que se destruyeron unas a otras. Del resto se encargó Overdrive, que con otro gesto de mano las apagó como si se hubieran quedado sin pilas.

—¿Qué clase de aberraciones sois? —interpeló el empresario, asustado.

Distorsión se acercó muy lentamente. Trataba de fingir lo contrario pero estaba mortalmente cansado. No era una trivialidad lo que había hecho hacía un momento, precisamente.

—Somos The Jammers. Somos los mejores en lo que hacemos. Y a partir de ahora, más te vale que te quede claro que no se juega con nosotros —dijo largándose y haciendo una seña para que los demás le siguiéramos.

Cuando llegamos al hotel donde nos hospedábamos, en una zona completamente reservada para nosotros, Distorsión fue hasta el sofá más amplio que encontró y se tumbó en él sin decir una palabra. Resultaba extraño verle ahí, con ese perenne holograma en el rostro, en apariencia calmado, pero yo sabía que con un torrente de malestar por dentro, de la misma clase que yo estaba empezando a sentir también. No se trata de que le conociera bien, que era el caso —aunque no le conocía

tan bien como lo hacían los demás—, todos habíamos pasado por ese estado mental desde aquel primer concierto en Ernépolis I.

Muchos os preguntaréis qué demonios pasó allí, en esa ciudad podrida de cielos eternamente oscuros, suelos de ceniza y sombras furtivas que se deslizan por sus callejones. Dejémoslo en que conocimos a ciertas personas que nos hicieron replantearnos cuál había sido nuestra actitud hasta ese momento. Todos acabamos por conocer a alguien que nos hace cambiar y de quien preferimos no hablar demasiado. El pasado, pasado está.

Fase y Delay se fueron a sacar bebidas del mueble bar y Overdrive se recluyó en su habitación para seguir practicando con la guitarra. Me quedé sola con Distorsión. Era el momento de hablar.

—Sigues pensando en lo que nos dijo, ¿verdad?

Distorsión giró la cabeza, se levantó y comenzó a andar por la sala en la que estábamos, que era en realidad un pasillo. Cuando estuvo en sombras, pulsó un botón y noté cómo se desvanecía el holograma. Acto seguido se llevó una mano a la cabeza. Distorsión siempre era tremendamente celoso de su anonimato porque detestaba la fama efímera de los músicos de éxito, esa que arruinó tantas existencias, como la de Michael Jackson o Kurt Cobain.

Pero en realidad, y eso ya lo sabíamos todos en el grupo, de quien más quería esconder su rostro era de sí mismo y el pasado que le perseguía.

—Un atajo de críos irresponsables —dijo andando por la habitación, siempre en la penumbra—. Así nos llamaron en esa ciudad.

Se quedó quieto de repente.

—Y no dejes de pensar desde entonces si no tendrán razón. Ni siquiera como piratas de las ondas hacemos valer nuestra reputación, no nos toman en serio.

—Sabes que en parte lo hacemos por el dinero, pero ahora que empezamos las giras eso podría terminar. Podríamos cambiar, ser...

—¿Héroes? —terminó Distorsión, con un tono de reproche—. Por favor, no me hagas reír, Echo.

Iba a contestar con alguna clase de comentario adecuado cuando Fase y Delay pasaron por allí, cada uno con un agujón en la mano, una bebida similar a la cerveza pero algo más fuerte.

—¿Ocurre algo? ¿Se ha muerto alguien? —preguntó Fase con tono medio jocoso, pero Delay le golpeó en el hombro y se largaron acto seguido, sin hacer más preguntas. Por otro lado no lo he mencionado, pero ellos también tenían ciertas cualidades especiales. Más sutiles, menos enfocadas a la acción, quizá. Pero no es ahora el momento de hablar de ello.

—Dentro de poco hasta Fase empezará a preguntarse qué me pasa —añadió Distorsión, volviendo a activar el holograma.

—No es malo tener dudas. Todos las tenemos. Es menos malo agitarse en la duda que descansar en el error.

—De modo que crees que he estado cometiendo un error.

Eso bastó para hartarme en ese momento.

—Eres insoportable cuando te pones así, ¿lo sabías? No creo que tú hayas cometido un error, creo que todos lo hemos cometido. Nos hemos dejado contratar por sujetos que, en el mejor de los casos, no tenían intenciones precisamente altruistas cuando requirieron de nuestros servicios.

—Pero sigues sin contestar a nuestra pregunta, qué se supone que somos ahora.

Tomé aire poco a poco.

—No lo sé, la verdad. Pero sé que a ninguno nos gusta, seamos lo que seamos.

Después de eso se sentó de nuevo, y supe que ya no tenía sentido seguir hablando con él. Era tan obstinado... todo un cabeza dura cuando quería. Y aun así, no podía evitar sentir un aprecio sincero por él.

Salí del pasillo enfadada, airada, y me crucé de nuevo con Delay y Fase. La apatía de Distorsión se me contagió de repente.

—¿Dónde vas? —preguntó Fase, siempre tratando de ser amigable en toda circunstancia.

—Necesito estar sola —fue todo lo que se me ocurrió decir siguiendo mi camino. Sola.

Qué ironía.

Yo, que en el fondo siempre lo había estado, de maneras que no podríais ni siquiera imaginar.

¿Cómo empezar a hablaros de mí misma lo justo, lo mínimo, lo necesario de modo que no me desvíe de la idea central, que es hablaros de todos los demás? Dejémoslo en que cuando aquella nave me dejó en tierra —una nave de naturaleza muy peculiar, que no viene a cuento revelar— yo venía de muy lejos, de hecho tanto que era el primer viaje interestelar que hacía en toda mi vida. Sé que eso puede resultarle increíble a muchos de los que están leyendo esto, pero así era. Nunca había salido de mi planeta natal, y por ello la experiencia de bajar de aquella nave y poner pie en un mundo nuevo era poco menos que algo alucinante para mí. Qué digo alucinante, era un sueño sin precedentes, algo por lo que hubiera matado por contar a mis amigos, a mi familia, a todos los que había dejado atrás.

Pero eso no era una posibilidad para mí. Ya nunca volvería a verles, y lo sabía. Dejémoslo así. No quiero remover de manera innecesaria heridas viejas del pasado. Pongámonos en que la situación es la siguiente: estaba sola en mitad de un mundo desconocido, y todas mis pertenencias estaban en una vieja mochila, la mayoría de ellas objetos sin más valor que el meramente nostálgico. Por supuesto a bordo de la nave me habían ayudado lo indecible, más de lo que podré agradecer jamás. Hasta me ofrecieron quedarme, pero yo quería ver mundo, no estar reducida de nuevo a un espacio constreñido. Lo malo era que tenía tan poco que, creedme, ni siquiera poseía algo que se pudiera considerar una identidad. En serio. Tengo nombre, claro, no lo dudéis. Y lo usé mientras estuve en esa nave, y me conocieron por él. Pero una vez desembarqué me aconsejaron que no lo empleara bajo ningún concepto.

En parte por ese motivo me dejaron en aquel planeta, llamado Wingbolt. Bueno, para ser preciso, planeta no era la manera en que se denominaba. Wingbolt es uno de los llamados Ocho Mundos Coloniales, los ocho primeros asentamientos realmente habitables más allá de la Tierra. Eso quiere decir que aunque

Plutón fue colonizado antes, por ejemplo, nunca fue considerado por la especie humana como un mundo de verdad. Ese sí fue el caso del lugar que comento, aunque se daba una circunstancia más que molesta allí: siempre llovía. Y cuando digo siempre, es siempre. El cielo estaba encapotado de manera constante, y la lluvia era más bien tormenta, furibunda y con rayos y truenos como no había escuchado jamás. Hacía bastante calor también, algo lógico cuando lo pensé después, porque de ese modo el agua se evaporaba con mayor facilidad y ascendía de nuevo para seguir completando el ciclo que la naturaleza había impuesto en aquel peculiar lugar.

De modo que allí estaba, calada y con una mochila al hombro, tratando de buscar algún refugio en las amplias calles solo para descubrir que, como todo el mundo se había acostumbrado a la lluvia, habían dejado de añadir en los edificios, tremendamente futuristas desde mi punto de vista, cornisas en las que resguardarse.

Al fin encontré una suerte de hostel en el que pude pagar con una tarjeta que me habían preparado en la nave y que no guardaba mis datos, solo un saldo en una moneda que no había escuchado en mi vida y se llamaba *qin*, al parecer la divisa oficial en la mayor parte de los lugares del universo. Realmente tenía mucho que aprender aún.

Me senté en la cama de mi cochambrosa habitación, tras rechazar un par de desagradables ofrecimientos para no pasar la noche sola, y vacié el contenido de mi mochila sobre la colcha. Un neceser con champú, acondicionador, pasta y cepillo, un pequeño secador, una pequeña toalla, y otras cosas más íntimas. Medicamentos, de los que no conocía uno solo de ellos y tenía apuntado para qué servían. Un rotulador láser y un bolígrafo convencional. Cuartillas. Ropa limpia, más bien poca. Y varios objetos más de uso personal, que no merece la pena enumerar.

En cuanto a lo sentimental, aunque era poco, ocupaba la mayor parte de la mochila. En concreto un *walkman (autoreverse)* con sus cascos, pilas y varias cintas; una gorra del grupo Balamb Garden; y un pequeño *continuum* de dos octavas de longitud. Sólo esto último lo compré fuera del hogar, digamos, y es como un teclado convencional

pero sin división entre notas, permitiendo toda clase de fascinantes tonalidades. Creo que ya en el pasado lejano alguien lo utilizó, tal vez los Dream Theater, muy dados a esa clase de instrumentos bizarros. En todo caso yo me lo compré porque ocuparía poco sitio entre mis pertenencias. En cuanto al *walkman*, era poco menos que una auténtica reliquia de museo, pero mientras pudiera no me desharía de él jamás.

La gorra, por otro lado, era un absurdo recuerdo de infancia y temprana adolescencia, y como tal lo llevaba más por inercia que por otro motivo de peso real. Tuve la tentación de tirarla, pero me contuve y la dejé donde estaba, junto al resto de las cosas.

Después de lo que he contado será fácil suponerse que mis primeros meses de aclimatación no fueron precisamente fáciles. Tardé bastante en encontrar un empleo sirviendo copas en un garito de mala muerte, y en cuanto tuve unos escasos ahorros lo primero que hice fue comprarme uno de esos terminales con los que conectarme a la Llanura. Toda esa jerga era para mí como chino, pero dado que allá de donde venía siempre adoré la época de los años ochenta y noventa del siglo veinte, supongo que ayudaré si digo que el terminal era algo así como un ordenador de esa época, pero mucho más manejable, modificable y ampliable, y la Llanura el nombre figurado con que se conocía lo que en esos tiempos se llamaba Internet, aunque infinitamente más perfeccionado. El nombre técnico en realidad era I27, pero todo el mundo lo conocía de manera coloquial como la Llanura porque los piratas informáticos que se habían conectado virtualmente decían que esa era la palabra que mejor describía lo que veían cuando estaban inmersos en la maraña de datos.

Uno puede plantearse cómo es que me gustaba tanto aquella época antigua de la historia de la humanidad. La respuesta, en realidad, no tiene nada de sorprendente: adoraba la música de aquel entonces, y aquel que me dijera que estaba más que anticuada corría el riesgo de tener que comerse sus palabras. Sobre todo me apasionaba el *rock* y la música electrónica, y durante mucho tiempo practiqué con mi *continuum* para tratar de reproducir algunos de los mejores solos y temas de aquel entonces. Mi voz por otra parte

no era lo mejor del mundo, pero para algo valía, creía yo. Al menos tenía experiencia de haberme marcado unos bolos allá de donde venía y había estado en varias formaciones, la mayoría entre amiguetes o cosas similares, aunque estuve en alguna un poco más importante. De varias me tuve que largar por culpa de algún componente que empezó a revolotear a mi alrededor como un moscón, pero esa es otra historia.

En cuanto tuve mi propio terminal lo primero que hice fue poner anuncios de que me ofrecía como teclista para una banda. Al principio pensaba que por el hecho de tocar uno de los instrumentos más inusuales de un grupo —guitarristas y bajistas hay a patadas en todos lados— y por el hecho de ser chica que, quieras que no, siempre es un plus en este mundillo, no tardaría en recibir contestación, pero no fue así, y mi decepción no se hizo esperar. Para una cosa que sabía hacer, no había manera de sacarla adelante, de modo que me hundí en mi pequeño y patético mundo y seguí sirviendo copas mientras escuchaba a gente que tenía menos talento y, sobre todo, menos ganas de tocar en directo de las que yo poseía.

Un día, al fin, dejé de lamentarme de mi situación y en vez de esperar a que mis deseos se cumplieran solos fui yo quien se lanzó a perseguirlos. Fue así como cambié el chip y, en vez de ofrecerme como teclista, busqué anuncios de grupos o bandas que necesitaran uno. De ese modo me encontré con el siguiente ofrecimiento:

“Banda de rock electrónico formada busca teclista para sustitución. Ahora mismo somos batería, guitarra, bajo y cantante, con lo que cerraríamos la formación. Buscamos a alguien con ganas de pasárselo bien. Exigimos máxima dedicación, esto no es un *hobby* para nosotros. Vamos en serio. Tenemos ya muchas maquetas y estudio propio, y estamos empezando a negociar para directos por varias colonias”.

“Abstenerse mercenarios. Influencias: Depeche Mode, Hooverponic, Disaster Area, Balamb Garden, Lacuna Coil, Delerium, Garbage, Rammstein, Mike Oldfield, Creedence Clearwater Revival, Té Verde y la Bandeja de Sushi”.

Después de eso venía una dirección de

contacto. Al principio estaba asustada. Parecía que eran muy severos, aunque un análisis un poco calmado del anuncio me hizo ver la mano de más de una persona en su redacción. De todos modos pensé que por intentarlo no perdía nada y les mandé un mensaje. También contesté a otros anuncios, todo hay que decirlo, pero este era sin duda el que más me llamaba la atención.

No tardé en recibir una respuesta, de hecho. Corta, escueta, pero clara y directa.

“¡Hola! Hemos recibido tu respuesta y tendríamos interés en ver qué puedes añadir a esto”.

Y en el propio mensaje, una maqueta de una canción a la que le faltaba el teclado. Me quedé pálida. Yo era muy versátil en la interpretación del instrumento, pero nadie me había hablado de componer. Aun así, traté de esforzarme y lo hice lo mejor que pude, tratando de acoplarme al tono y la armonía general de la canción, que por cierto me pareció muy buena aunque aún no tenía nombre ni melodía de voz.

Componía por el día y por la noche servía copas. Me tiré una semana entera durmiendo apenas lo justo, ya que tuve que hacer turnos dobles para poder pagarme una ampliación del terminal y así poder grabar sonido. Podía haber empleado un programa, sí, pero quería que vieran también mi soltura con el teclado, no sólo lo que pudiera o no pudiera componer.

Cuando les mandé la maqueta estuvieron poco menos que encantados, o al menos la persona con la que hablaba por correo, y me la mandaron de nuevo ya con la voz puesta por si quería “añadir algo”. Era una manera de grabar rarísima, pero que empezó a parecerme muy curiosa, y de hecho llamó mi atención, de modo que añadí unos coros a la voz con el fin de darle volumen y armonía, coros sin letra, aunque luego también acompañé al estribillo.

Yo no lo sabía aún pero acabábamos de crear nuestra primera canción como grupo, llamada *The Ghost*, y de las más recordadas que haríamos jamás.

Después de eso recibí una invitación a conocer al resto de los miembros del grupo, y para ello me dijeron que una nave me iría a

buscar a Wingbolt. Creo que se dieron cuenta de que estaba realmente pelada de pasta. Poco sabía yo de ellos, por otro lado, pero ya era mayorcita y si me metía en problemas no sería ni mucho menos los primeros que experimentara.

La nave vino a los dos días y me sentí un poco decepcionada cuando vi que era un convencional modelo de dos plazas y de él bajaba alguien que, seguro, no era uno de los componentes del grupo, de hecho ni siquiera parecía músico. Era un hombre ya en sus cincuenta, de rostro adusto, gafas cuadradas y mentón anguloso. De más joven debió ser bastante atractivo, en todo caso ofrecía un porte señorial, con mucha presencia. Se acercó a mí y me miró fijamente.

—¿Tú eres la teclista? —preguntó tratando de esbozar una sonrisa.

La pregunta no era una tontería, como bien saben aquellos que alguna vez han quedado con alguien a quien no han visto jamás. Respondí afirmativamente, sin abrir la boca. Estaba un poco nerviosa.

—Yo soy Adrian Harvester. Me puedes considerar algo así como el *manager* del grupo, por decirlo de alguna manera.

—¿*Manager*? —no pude evitar mencionarlo con cierta inquietud.

—Tranquila, me ata una especie de lazo familiar con uno de ellos. No debes de preocuparte, tenemos plena autonomía. ¿Cuál es tu nombre? Nunca lo dijiste por terminal.

—Yo... me llamo...

Me miró, extrañado.

—¿No sabes tu nombre? O más bien, no puedes o quieres decírmelo.

—Es difícil de explicar. Necesito estar en el anonimato.

Él me miró con un gesto de compasión. Más tarde me dijo que comprendió hasta qué punto había estado sola en esa colonia, ya que entendió que en todos aquellos meses no había tenido que inventarme un nombre para que se dirigieran a mí y les bastaba a todos con gestos e increpaciones.

—Tranquila, pronto verás que lo que todos queremos, en cierto modo, es empezar de cero.

Aunque debió haber sido al revés, eso me hizo sentir muy aliviada. No me importaba por qué todos tenían algo que ocultar, sólo me importaba que a mí me pasaba lo mismo y eso me bastaba.

Subimos a la nave y estuvo un buen rato dándome conversación. Mi primera impresión de él fue buena. Lejos de hablar de manera inmediata de la música intentó que me sintiera cómoda, tranquila, relajada. Supongo que también era consciente de que había tenido pocas conversaciones por placer desde que había puesto un pie en aquella colonia.

—¿Cuál es nuestro destino? —pregunté al fin, preocupada.

—Si lo dices por posibles problemas con tu identidad, no debes alarmarte. No vamos a ningún lugar sujeto a leyes concretas.

—¿Por qué confía en mí a pesar de todo lo que no puedo contarle?

Se giró un momento, aún manejando los mandos de la nave, y me miró con una leve sonrisa.

—No eres precisamente la primera persona que conozco en esa situación —se limitó a contestar—. Estamos a punto de llegar. Puede verse ya nuestro destino.

Al principio el reflejo de una estrella cercana me impedía verlo con claridad, pero en cuanto un planeta se interpuso entre medias pude distinguir el increíble lugar al que nos dirigíamos. Era una estación espacial, o quizás un satélite, no lo sabía decir bien. Era como una pirámide muy alta y truncada, con montones de salientes en sus cuatro caras, grandes como pequeños edificios y llenos de detalles tecnológicos labrados en el metal. Había mucho cristal también en su composición, y la base poseía algo que parecían ser turbinas, o si no lo eran lo evocaban de manera muy patente.

—¿Qué es ese lugar? —no pude evitar preguntar, fascinada.

—Bienvenida al Acorde Cósmico, nuestro estudio y sede —dijo solemne Adrian Harvester, al que a partir de ahora llamaré Adrian, a secas. No es ningún misterio que también un lazo de confianza acabó uniéndome a él.

La nave entró al lugar por uno de

aquellos salientes laterales y no tardó en ser acoplada por medio de brazos robot que la guiaron y libraron a mi acompañante del pilotaje humano. De ese modo los últimos tramos los efectuamos de manera lenta pero con precisión total.

Nada más detenernos del todo Adrian me dejó bajar a mí primero y me fue guiando por los tecnológicos pasillos, todos ellos labrados con artefactos completamente incomprensibles para mí, pero dejándome la patente sensación de que era como si estuviera dentro de una inmensa máquina de máquinas, a cada cual más extraña y sofisticada. No tardamos en llegar a una sala de factura similar, pero con asientos y mobiliario habitual y que contrastaba con la exagerada tecnificación del entorno, así como con amplificadores, guitarras, una batería y otros instrumentos en un lateral. Allí había tres ocupantes, que me fueron presentados uno por uno.

—Como ya te dije, todos aquí tienen cosas que olvidar, de modo que cada uno ha elegido como seudónimo el efecto de una pedalera de guitarra eléctrica. Este de aquí es Overdrive, el guitarrista.

Mi fascinación fue en aumento. Overdrive no era humano. Era un *alien*, perteneciente a una especie muy rara y casi extinta llamada los Exiliados. Sabía que existían, de hecho, pero jamás había visto ninguno. No sabía si darle dos besos o no y al final fui a estrechar su mano gris cuando vi que poseía dos manos al final de la muñeca y me quedé quieta, sin saber cómo debía hacerlo.

—Tranquila, le pasa a todo el mundo —explicó Adrian con calma—. Este es Delay, el bajo —prosiguió señalando a un chico con gafas y mitones de piloto al que sí di dos besos— y este es Fase, el batería —terminó señalando a otro chico, con el tatuaje de "Ídolo Binario" que en su momento ya describí y que saludé de manera similar.

—Hola, espero que estés muy bien por aquí —dijo tratando de ser algo menos escueto que los demás, y comprendí que él debió ser con quien hablé la mayor parte de ese tiempo.

—¿Dónde está Distorsión? —preguntó Adrian, y le vi torcer el gesto por vez primera

desde que le conocí.

—Ahora vendrá —se limitó a comentar Overdrive.

—De acuerdo. Mientras tanto, creo que sería bueno que eligieras un nombre para ti misma —me aconsejó—, de modo que podamos llamarte con él, y que sea acorde con el de los demás, aunque si quieres ponerte otro por otro motivo no tenemos el menor problema.

—No, me gusta lo de los efectos. No sé mucho de efectos de guitarra, pero desde que he llegado, he notado que mi voz hace eco en muchos de los sitios por los que paso. Así que podéis llamarme Echo, como el efecto sonoro.

No pude evitar notar una ligera risilla en Overdrive, así como en Fase.

—¿Qué ocurre?

—Desde que llegamos a este lugar —explicó Overdrive— todos nos hemos puesto el nombre porque algo en el ambiente nos motivó a hacerlo. Delay lo hizo porque pensaba que este lugar era una pausa a sus problemas. Fase se sintió como si estuviera más allá de lo conocido, desplazado, en una fase distinta. En mi caso, este lugar pertenecía a los antepasados de mi especie, y la primera vez que llegué aquí solo sentí que mi voz era inmensa, amplificada en todas sus paredes, por eso elegí Overdrive, que produce el mismo efecto en una guitarra.

—Hay otro motivo personal también para ello, aunque no importa, ya lo diré en alguna otra ocasión. Digamos que Echo ya era mi mote, en cierto modo. Qué hay de... ¿Distorsión, se llamaba?

Nadie dijo nada. Sólo Adrian me miró con afabilidad, tratando de decirme que todo estaba bien.

—Su caso es distinto. Él se lo puso...

—... porque su presente es sólo una distorsión de lo que fue su pasado —dijo un chico entrando en la habitación, con el rostro lleno de quemaduras, y de quien no tuve la menor duda que era el cantante y líder de aquella formación.

Enlace a la canción 'The Ghost':

<http://balambgardenmusic.blogspot.com.es/2011/12/ghost-cancion.html>

Libro The Jammers:

<http://thejammerslibro.blogspot.com.es/2012/09/comprar-el-libro-yo-apoyar-el-proyecto.html>

El neuropapiloma de Listkiewicz

Emilio Alonso Feliz

Werner Listkiewicz, de la Universidad de Cracovia, descubrió, tras toda una vida consagrada al estudio de ciertas patologías cerebrales, el famoso neuropapiloma que lleva su nombre y que figura ya, con honores infinitos, en los anales de la medicina.

El Neuropapiloma de Listkiewicz es inasequible a las mensurables disciplinas de los microscopios, aun los más potentes y sofisticados, y su eximio descubridor tuvo que recurrir a instrumentos incluso más exactos y sensibles, que detectan variaciones infinitesimales en las diferencias de potencial entre los extremos de las neuronas. De este modo, Listkiewicz consiguió identificar en ciertos pacientes vestigios de una actividad eléctrica neuronal que mostraba anomalías casi imperceptibles, pero cuyas consecuencias eran, con frecuencia, formidables. Empleando espectrógrafos de barrido de gran potencia, semejantes a los que se utilizan en el estudio de los cuerpos celestes que distan millones de kilómetros de la Tierra y que apenas dejan débiles rastros, el ilustre neurólogo consiguió trazar el mapa electrónico de su descubrimiento y presentarlo de este modo a la comunidad médica y científica de todo el mundo. La borrosa espectrografía mostraba una matriz cuyo eje de abscisas determinaba el patrón normal, y donde resaltaba claramente, por encima de dicho eje, una onda electromagnética en forma de campana de Gauss: dicha forma, que recordaba la figura de una verruga, condujo a los profanos a denominar Neuropapiloma al fenómeno y el nombre, bien que inadecuado, hizo fortuna.

Los afectados por el Neuropapiloma de Listkiewicz no suelen presentar, en apariencia, otro síntoma que un inmoderado gusto por los libros, que se torna fácilmente en obsesión e idolatría. Un examen detenido de su conducta suele ser suficiente para identificar en ellos la espantosa dolencia. Tras el estudio de exhaustivos muestreos y la realización de numerosas experiencias empíricas se ha

comprobado que los pacientes, alejados de todo espíritu práctico, suelen acumular libros en cantidades muy superiores a los que están en disposición de leer a lo largo de toda su vida, y que invierten largas horas de delirio en la contemplación de tan arbitrario e improductivo tesoro, abriendo y cerrando los libros sin llegar, las más veces, a leer cinco líneas juntas. Otro síntoma muy habitual se manifiesta a través de un insólito furor organizativo, generalmente ligado a la adición de un nuevo ejemplar al conjunto, circunstancia que lleva a los pacientes a alterar el orden de todos sus volúmenes una y otra vez hasta lograr una ubicación que, para ellos, reúna los secretos atributos de la armonía, la sistemática y la manejabilidad, atributos que se definen, al parecer, en función de criterios no siempre desconocidos o inexplicables (tamaño, procedencia, antigüedad, materia, autor, editor) pero invariablemente caprichosos. Listkiewicz ha reparado en el hecho de que los aquejados por el mal del neuropapiloma suelen ignorar su propia condición patológica, y no perciben la perversa sintomatología que padecen sino como una pequeña alteración inocua de la normalidad, en absoluto amenazadora ni alarmante.

Listkiewicz, en el rigor de sus estudios, ha aislado igualmente ciertos síntomas menores, o efectos laterales del síndrome, que cursan con efectos somáticos de gravedad variable, como es la preponderancia de cierta hormona que modifica y falsea el sentido del olfato hasta el punto de provocar en los enfermos una sensación ficticia que ellos suelen definir como *olor a libro*. También parece que el tacto de viejos volúmenes encuadernados en cabritilla, o compuestos en papel biblia, genera la segregación de ciertas endorfinas que les inducen reacciones, según el testimonio de los propios pacientes, que resultan sumamente placenteras.

Las teorías de Listkiewicz han encontrado innumerables seguidores y prosélitos, alarmados ante la ferocidad del síndrome, que se calcula pueda ya estar afectando a un 0,5% de la población mundial. No hace mucho, un joven científico de genio llamado Bradbury ha dado a las prensas, ante el aplauso unánime de la comunidad científica, una obra de divulgación sobre el

asunto, centrada en el estudio y desarrollo de los más avanzados métodos profilácticos y paliativos del síndrome, titulada *Fahrenheit 451*.



El planeta de los toros

Mauricio del Castillo

*No por un tonto que dice cosas nos van a quitar
la fiesta brava. Tendrá que discutirlo y pasar
sobre mi cadáver.*

Rafael Herrerías, empresario taurino
mexicano

*¿Pero usted vio que el toro se le venía encima?
¿Por qué entonces, no se apartó?
¡Ya lo creo que lo vi! Lo que ocurre es que yo no
me aparto de los toros mientras me llame
Manolete.*

*Qué gran torero en la plaza,
qué gran serrano en la sierra,
qué blando con las espigas,
qué duro con las espuelas,
qué tierno con el rocío,
qué deslumbrante en la feria,
qué tremendo con las últimas
banderillas de tinieblas.*

Federico García Lorca a su amigo Ignacio
Sánchez Mejías

Escudriñando la plaza a simple vista, Santori Bejustes, primer comentarista de sucesos deportivos de la Televisión, se dirige a su vasto auditorio:

—Buenas tardes, bienvenidos a la plaza de humanos de Nueva Chicago, fiesta en honor a la Virgen del Peñón de Covarrubias. No podemos faltar a una cita en esta plaza de humanos. Son las cuatro de la tarde. ¡Qué buena amalgama la del calor y color de la Nueva Chicago! Tenemos sed. ¡Qué bien vendría una copita de vino! Saludo con mucho afecto a mi compañero Islero Gabala.

—Gracias, San. Estimado público, hoy vamos a ver aquí una corrida de humanos con reses de Istriate para una terna, pues bonita, activa, joven. Y, sí, San, qué bien nos vendría una copita de vino para calmar la sed. Pero más sed es la que tengo por ver un gran espectáculo la tarde de hoy.

—Tenemos también a la siempre bella y voluptuosa Vetonia en el callejón.

Vetonia se aclara la garganta antes de entrar al aire y dice:

—Efectivamente, San. Muy buenas tardes a todos. Estamos con el alcalde de Nueva Chicago, con Don Gumaro Paparia, que con gentileza nos ha tendido la invitación en una ciudad que ahora está en plenitud festiva y que sólo hay que salir a la calle para sentir esa fuerza que tiene el municipio. Alcalde, buenas tardes.

—Buenas tardes —saluda con amabilidad el alcalde—. Pues así es, Vetonia, Nueva Chicago ha tenido dos fiestas recientes: la de San Torino, muy popular, y la fiesta de la Virgen del Peñón de Covarrubias. En ella se nota mucha alegría, por supuesto, y un excelente clima. Y hoy vamos a tener una fiesta de humanos con un cartel ideal. El número de visitantes ha ido en aumento, con listas de espera. Y gracias a la infraestructura de sus hoteles y comunicaciones Nueva Chicago es una referencia para este tipo de eventos. La importancia de la ciudad se demuestra por la visita que hemos recibido estos días y esa sintonía existente entre las comunidades autónomas y la ciudad, pues yo creo que nos hace sentirnos plenamente orgullosos de ser anfitriones. Muchísimas gracias.

—A usted, enhorabuena. San, regreso al palco de cabina.

—Gracias, Vetonia —Santori gira su descomunal cuello hacia la derecha—. Bueno, Islero, tú has estado antes en Nueva Chicago. ¿Qué nos puedes decir de esta hermosa región del planeta?

—Si yo fuera un guía turístico extrataurino llevando una carga de gente en un viaje de cinco días y cuatro noches por el pequeño y pintoresco Sistema Solar, pondría a Nueva Chicago y sus alrededores entre los tres primeros lugares de Cosas Que Ver. En realidad, a mis turistas les parecerá algo muy arcaico, una primitiva aldea de principios de milenio. Pero para mi vista, nada puede igualar el panorama de Nueva Chicago. ¡Realmente es una copia al calco de nuestros días Preliberación! Sin embargo, (no sé cómo tú lo verás, mi querido Santori) recrea a la perfección la fiesta brava que alguna vez...

Un sonido musical y autóctono interrumpe a Islero Gabala, tal vez el sonido más estimulante en toda Nueva Chicago.

—Pues ya suenan los clarines y los timbales —dice Santori—, inicio de la corrida en la plaza de humanos de Nueva Chicago.

Las compuertas se abren a los costados. Aparece el primer humano para ser embestido. Es delgado, alto y proporcionado. Lleva el cabello suelto y enmarañado, negro como el alquitrán. Sus ojos inyectados en sangre intentan acostumbrarse a la luz de la estrella que cae sobre la plaza. Espuma comienza a brotar de las comisuras de su boca.

—Un poco nudoso, a mi parecer —comenta Islero—. ¿Qué nombre tiene esta bestia?

—H. Quince —contesta Santori Bejustes en el micrófono que cuelga de su cuello, mientras asiente con la cabeza—. Marcado con el número 202. Humano castaño, bravo, que nació en el mes de la Ternera del año de gracia IV. La cuadrilla le permite que correte por la plaza de humanos de Nueva Chicago. Vamos a ver, Islero, el comportamiento de este espécimen.

El humano comienza a correr hasta la barda de protección, con la mirada ya acostumbrada al reflejo del sol. Sus testículos y pene se bambolean libremente, mientras que en la mano derecha porta un tubo de hierro. Un grupo de subalternos se acerca a él portando capotes multicolor, a fin de que la sangre del ser humano hierva.

—Mondo Gandalifas, oriundo de aquí de Nueva Chicago, va a ser el encargado de picar a este primero de la tarde.

Mondo se para con altivez dentro de un vehículo gravitatorio, cerca de la barda y espera la llegada de H. Quince. El ser humano se distrae por un momento ante el delantal de una vaquita en el estrado y es apurado por un subalterno que lo dirige hacia donde se encuentra el gallardo Mondo. El humano, cegado por los efectos que desprenden los capotes, tropieza y da una voltereta en la arena ante la mirada burlona del picador.

El vehículo ondula a casi ras de suelo. Cuando se acerca el humano, levanta el vuelo sólo lo suficiente para puyar con la vara y desgarrar los tejidos ubicados en la espada del mismo. Se produce un alarido que es escuchado por todos y cada uno de los asistentes de la plaza. A pesar del sangrado y

el dolor de los nervios que recorren su cuerpo, el hombre intenta subir al vehículo, pero la superficie resbalosa le impide sostenerse.

El picador lo empuja lo suficiente para que el humano caiga al suelo y levante una capa de polvo.

—Va a banderillar Antón Halif, todo un experimentado. De nazareno y azabache, chaleco bañado en plata.

Luego de la suerte de capote empleada por el matador, corre un murmullo de tono diferente por la audiencia. Aparece un banderillero enorme, con dos grandes manos tan anchas como su cuello y de facciones talladas como granito. Su aliento resuena por la boca y la nariz con decidido temple, alargando los brazos por encima de su cabeza y sosteniendo dos banderillas electrificadas. A pesar de su vigor da pequeños pasos precautorios a fin de no ser herido por el humano.

Comienza a correr de lado sin dejar de mirar a su objetivo. El humano lo sigue a fin de hacerle un posible daño, pero el banderillero sigue su propia dirección y pincha con las banderillas el hombro y pecho del ser humano. Éste se encabrita y de un manazo se desprende de las banderillas, no sin antes sentir las descargas sobre sus músculos.

—Ya dejó los dos palos, pero al animal no le agradó para nada —comenta Santori Bejustes—. Hasta ahora sigue bien el reglamento. No es que yo quiera sacar a relucir el tema del reglamento, pero de vez en cuando te obligan.

—Pero, Santori —exclama Islero Gabala con tono cada vez más excitado—. ¡Halif lo hizo sin acobardarse! Este H. Quince va a querer desquitarse con los otros dos palos.

—Justificable la fuerza del animal, pero no su pobre inteligencia. Pero el humano me gusta para muleta, eh.

—Vamos a ver, como es lógico y en función de las características del animal por alto, qué tanto espectáculo nos puede ofrecer Qohey-Funk.

Mientras todo el mundo presencia los dos colorados palos en el lomo del humano, Halif ya tiene los dos últimos en sus respectivas manos. El animal trata de

desprenderse de los dos palos en su espalda, pero no puede.

—Ahí vemos a Halif con ese par característico para violín.

Halif se pone en punta, con su cuerpo arqueado, preparado para la danza. Da una curva semilenta pero bien llevada a fin de provocar al humano. Vuelve a levantar sus banderillas electrificadas. No se permite quitarle la mirada: cualquier descuido en este punto puede provocar la muerte. Corre hacia atrás seguido del humano. Por un momento las dos velocidades se ajustan hasta que Halif da un salto por encima del animal para dejar los dos palos sobre su espalda.

El banderillero se lleva la ovación del público. Ha dejado cuatro palos sobre el lomo del animal.

Clarines del último tercio. Con la muleta, Qohey-Funk se desprende de su boina negra y saluda a una hermosa vaquilla en las gradas. Coge la espada y la muleta para dar comienzo al tercio de muerte, no sin antes pedir permiso al presidente de plaza.

El matador se acerca sin dejar de sostener la muleta a la vista del humano. Con una mano en la cintura, el matador grita a su enemigo. Es entonces cuando comienza la primera embestida del animal. Empieza a torear; cada pase un sórdido ¡olé! Al cuarto o quinto pase, ya baila y brilla en nuestros ojos la embriaguez que se deriva de lo bello. Los pases se suceden con espacio y tiempo. El humano es embustero, acude rebelde, pero es necesario tirar de él, templarle. El humano tiene su temple; el humanero tiene el suyo. Se unen los dos. Un momentáneo baile de la muerte entre dos. Ni una sola vez una postura forzada o violenta. Toda elegancia y toda bravura se fusionan en un arte por demás acogedor. Ni por asomo hace acto de presencia el mal gusto. Los pases se suceden variados; cada remate es distinto, a cuál más animados y gentiles.

La plaza de humanos de Nueva Chicago está borracha de euforia, que a punto grita ¡ole! ¡ole! Las palmas truenan entre ellas como la más bella pieza de una sinfónica y el matador no es más que el director de orquesta. Los pases naturales y una que otra verónica completa de Qohey-Funk se suceden como fotografías instantáneas. El humano y el

humanero a compás giran con parsimonia. Parece que la muleta quiere abrazar al humano. Éste la esquivo no con brusquedad sino con fineza.

El humano ya está casi bañado en sangre. Su lengua fuera y sus ojos frenéticos aún buscan con rabia el cuerpo de su adversario.

—¡Qohey-Funk se queda quieto —dice Bejustes con voz profunda y animada—, desmayando los brazos, y se pasa completo al humano en alces con la lentitud y hondura de una expresión humana! ¡Impresionante cómo ha hecho su ejecución! ¡Con qué sentimiento! Ya se borró todo lo que no había valido antes, porque este es un momento sublime. Vean ustedes, con qué suavidad.

El humanero da vueltas sobre sí mismo, siempre con la protección de la muleta multicolor. Realiza un lance a dos manos, pero el humano, muy fatigado, apenas responde. Realiza un lance al natural, un rechazo con el paño de la muleta, para extender la superficie óptica, y un pase cambiado. Efectúa un macheteo al pasar la muleta por la cara del animal para fatigarlo.

—Ah, sí, Santorí —dice Gabala con tono satisfecho—. Nuestro matador ha efectuado un juego magnífico de lances y esto ha hecho que el animal responda. Creo que está cansado, pero más enfadado.

—No sé de dónde ha sacado más bríos. No está distraído y tampoco desfallece. Debe tener un pistón en vez de corazón.

—De seguir así, Santori, Qohey-Funk se puede llevar una buena impresión del presidente.

—Me parece que sí, me parece que sí.

El humano mira por el rabillo del ojo, con su cabello terroso y su sangre mezclándose con el polvo de la plaza.

Qohey-Funk pide la espada para terminar con el primero de la tarde. Vuelve a hacer un último macheteo a fin de sacarle más bríos al animal. Al mismo tiempo se asegura de que la posición del humano sea la ideal para la estocada, o sea con las patas delanteras juntas. Entonces Qohey-Funk se acerca al toro, con una precaución medida, nada menguada. Se estira por encima de la cabeza y clava el

estoque entre los omóplatos, tratando al mismo tiempo de evitar cualquier sacudida repentina del brazo del humano con el tubo de energía.

La estocada es perfecta: corta la aorta y provoca la muerte casi instantánea del animal; no se requiere el golpe de gracia en la nuca.

Los mulilleros se preparan para arrastrar el cadáver. Qohey-Funk levanta los brazos y es coreado por la multitud. Pide al presidente la oreja; las dos, si se puede.

El humano es arrastrado fuera de la plaza y deja tras de sí un charco de sangre, barrido, rojo, aún caliente, ya sin dos orejas bien ganadas por su ejecutor.

—Grata presentación de Qohey-Funk esta tarde —comenta Islero Gabala—. Quedan cinco más.

«¿Quién sabe?», piensa Santori Bejustes. Lo único que deseaba era que la tarde terminase cuanto antes. Una copita de vino no caería nada mal.

Memoria

Gonzalo Salesky

En el año número tres de la era robótica, uno más uno siempre es igual a dos. Nada falla. Nada hace recordar el fracaso y la extinción de los antiguos habitantes de la Tierra. Salvo el desierto que avanza, implacable, contra las pocas ciudades que quedan en pie.

En la rígidoteca, cada mañana a las siete y quince, el modelo LGT-32 se enciende a sí mismo. Tarda cincuenta segundos en activar todos sus circuitos y retomar su actividad. Siempre comienza a partir de la tarea del androide que lo precede en el turno de la noche, LGT-33. Los dos robots se dedican a analizar, byte por byte, la historia de los seres humanos, almacenada en los discos rígidos de cada computadora personal o dispositivo móvil del planeta.

Hace meses que los dos buscan la Causa. Para ello revisan, de principio a fin, cada archivo de texto generado por los hombres en sus últimos cincuenta años de existencia. Desde los más antiguos TXT, RTF, DOC, XLS, MDB, hasta los últimos archivos monocordes de extensión MCD.

Tarde o temprano, uno de los dos descubrirá alguna pista, algún indicio sobre lo que precipitó la gran catástrofe del año humano 2018, el año cero de la nueva era.

El día treinta y seis del mes ocho, LGT-32 trabaja más rápido que de costumbre. Gira su cabeza hacia la ventana. Un gran desierto se extiende a tres millas-móviles de allí. Las autoridades han decidido ganar terreno al gigante de arena, pero por ahora no lo logran.

Frente a esa imagen, comienza a preguntarse cuál es la siguiente tarea para llevar a cabo. Sabe que debe haber algo más allá, además de lo asignado. Procesa nuevas ideas. Observa.

No... No se trata de un plan respecto al futuro. Tampoco es algo referido al pasado. Es... es... no sabe cómo nombrarlo. No es una orden impuesta por El Programador. Ni

proviene del ambiente.

Hay algo dentro de él, en algún circuito oculto, que lo está impulsando a saber un poco más. A mejorar en su comprensión del entorno.

Busca en los archivos DOC revisados esa mañana-tarde para encontrar alguna situación similar, experimentada por otra entidad distinta a él.

P-A-R-A-Q-U-É-¿-P-A-R-A-Q-U-É-¿-

¿Para qué continuar este trabajo?

¿Qué objeto tiene? ¿Qué fin? ¿Qué meta?

Eso quiere entender. Eso quiere saber. Aún no tiene respuesta.

¿Para qué seguir buscando la Causa?

En la siguiente tarde-noche lunar, cuando LGT-33 entra a reemplazarlo, LGT-32 decide seguir con su tarea. Continúa preguntándose por qué, para qué, y sin encontrar nada todavía, analiza por un par de horas más los archivos de la rígidoteca.

Por primera vez, ha percibido en él lo que los humanos solían llamar *necesidad*.

Yo necesito, tú necesitas, él necesita.

Yo necesito.

LGT-32 necesita. Ésa es la palabra. Él *necesita* saber un poco más. No entiende por qué. No entiende para qué. Pero espera que pronto se revele lo que tiene que descubrir y averiguar por sí mismo.

Su compañero de trabajo no entiende. No necesita. Tampoco sabe qué fuente de energía interna o externa mueve a LGT-32 a seguir conectado a la interfaz de datos durante más tiempo del estipulado por El Programador.

LGT-33 sigue haciendo su trabajo, avanza a paso lento, revisa dos veces cada una de sus tareas. Está preparado para no fallar. Por eso nunca falla y al terminar su horario, ha cumplido con los objetivos fijados.

Al día siguiente, vuelve a trabajar a la misma velocidad, como lo ha hecho en los últimos tiempos. Y advierte que LGT-32 sólo se ha detenido dos horas en lugar de las doce preestablecidas. Sus módulos de batería están a la vista y aún así, continúa en su frenético accionar, como en la jornada anterior.

Sin sospechar nada, sin notar que hay algo fuera de lo común, LGT-33 vuelve a su celda de descanso, terminado su turno, y desconecta su equipamiento eléctrico.

LGT-32 puede trabajar simultáneamente con diez mil discos, en cada hora de funcionamiento. Por día llega a examinar ciento veinte mil.

Sin embargo, ahora está introduciendo en sus paneles más datos de los que puede retener. Mucho más de lo que puede manejar. Necesita, lo necesita. Es algo más fuerte que él. ¿Qué lo está impulsando?

Existe una palabra... *¿deseo?*

Yo deseo, tú deseas, él desea...Yo deseo.

Él *desea* acaparar, acumular datos, bytes, archivos. Quiere, necesita. Desea.

Por un momento se detiene. A ese ritmo, entiende que su memoria se llenará antes de lo pautado. Calcula cuánto tiempo falta para eso. Treinta y cuatro días solares más y su procesador no tendrá la capacidad de trabajar con tanta información.

Entonces piensa, entonces intuye... debe encontrar otra manera.

Tendrá que actualizarse. Tendrá que contar con más módulos de memoria inteligente. Para encontrar el cómo y el por qué.

En las horas siguientes se encargará de eso. Está seguro.

A la madrugada, LGT-33 vuelve a su celda después de otra infructuosa jornada de búsqueda, con la parsimonia habitual. Apenas ingresa a su lugar de descanso, percibe que en el extremo superior de su cabeza el modelo LGT-32 está conectando su interfaz motora. No entiende lo que sucede. El contacto entre los dos robots dura sólo unos segundos y luego, LGT-32 se retira.

Inserto en él, un nuevo módulo de memoria inteligente en sus paneles. Un módulo que hasta hace minutos pertenecía a LGT-33.

LGT-32 teclea. Necesita teclear. Muchas palabras de la especie extinta que retumban en sus circuitos y se repiten aleatoriamente. Palabras que no entiende. Que nunca ha usado y quizá jamás va a usar. Pero necesita

teclear, escribir. Necesita verlas, todas juntas, volando en su pantalla transparente.

Quiere encadenarlas, jugar con ellas, mezclarlas hasta encontrar algún significado oculto, probar sus sonidos. Las vocaliza, las observa. Las deletrea. Sabe que ésa era la manera humana de aprender.

Trata de separarlas de su contexto original. De agruparlas según su sonido. Ensayá, intuye... escribe. Luego borra. Vuelve a escribirlas. Se siente ansioso al ver los resultados y las millones de combinaciones que puede formar, que puede teclear, que puede *crear*.

Yo creo, tú creas, él crea...

Yo creo.

LGT-32 sabe. Ahora sabe. Necesita. Sabe lo que necesita. Se lo ha quitado a LGT-33. Por eso cuenta con más memoria en sus circuitos. Eso es lo que requiere para su tarea.

Hoy pudo extraer sólo un pequeño módulo. Si cada día quita uno de ellos LGT-33 no lo notará. Pero aún así... él necesita *ahora*. Esperará hasta el turno siguiente de descanso para continuar. También deberá conseguir más fuentes de energía. Lo hará mañana.

Mañana. Mañana...

Mientras tanto, el trabajo en la rígidoteca sigue avanzando. El Androide-Programador retira cada día las unidades de almacenamiento que han sido analizadas, para su posterior destrucción.

Él no sabe. No sospecha nada. No se da cuenta de lo que LGT-32 está planeando.

Ocho minutos humanos antes de comenzar su turno, LGT-32 se acerca a la lámina metálica de diez metros cuadrados que está en la sala principal del edificio. Se transmite a sí mismo la imagen que perciben sus sensores. Se ve reflejado allí. Se descubre.

Se pregunta para qué los humanos construían semejante cantidad de... *¿qué nombre tienen?*

E-S-P-E-J-O-S. Espejos.

Ellos los usaban. Ellos se *percibían* allí.

Un archivo revisado unos seis meses atrás volvió en ese instante a sus circuitos principales. En él se explicaba el

procedimiento de fabricación de un espejo.

¿Para qué hacían tantos espejos?

¿Qué objeto tienen? ¿Qué fin? ¿Qué meta?

Cada día, LGT-33 disminuye su ritmo de trabajo. En las estadísticas nota que su producción ha bajado. Decide chequear su reserva de energía pero no es capaz de hacerlo. Algo le pasa. No puede movilizarse normalmente. Por la noche, su batería no logra recargarse el tiempo que él requiere.

Algo sucede. No sabe qué. No lo entiende. Comienza a buscar en su diccionario humano alguna palabra que describa mejor su situación. Debería comunicar esta falla. Seguramente podrán ayudarlo. Antes de que sea tarde para una reparación. Antes de que lo apaguen. Antes de que la luna salga y...

N-E-C-E-S-I-T-A-R.

Yo necesito, tú necesitas, él necesita.

Yo necesito.

Necesita algo. Necesita recuperar energía. Volver a su nivel de memoria. Pero no puede.

Algo pasa. Algo malo sucede.

Algo. Algo...

En cambio, LGT-32 casi duplica sus horas de trabajo. El Programador es incapaz de advertirlo, ya que LGT-32 también está quitándole, uno a uno, todos sus paneles de memoria.

LGT-32 necesita más. Mucho más. Tanta inteligencia, tanta capacidad de almacenamiento y procesamiento... ahora sabe, ahora puede. Ahora sabe que puede, ahora es capaz de descubrirlo.

Entiende que no sólo debe analizar letras y números. Hay algo más que eso entre Todo Lo Humano. ¿En qué otros archivos podrá encontrar algo distinto?

Finalmente, en un disco duro de 0,16 x 104 PB lo hace. Allí descubre, por primera vez, otro reflejo de la antigua civilización.

¿Cómo había pasado tanto tiempo y no se había dado cuenta de *eso*?

Existe una palabra para aquello. Una palabra humana. *Bela, bele, beli...*

Busca. Nombra. La encuentra.

B – E – L – L – E – Z – A. Belleza.

¿Sería eso lo que pasaba por el centro de almacenamiento de los hombres cuando percibían los archivos JPG?

Por un instante dejó de procesar formatos DOC, XLS, MDB, PDF, EXE...

Sí, JPG. Eso es. JPG condensa todo. Lo muestra tal como había sido. Tal como fue antes de la catástrofe, antes de la extinción.

Miles y miles de JPG, una por una... Ésa será su tarea. Ahora lo sabe. Podrá conocer cómo era la Tierra, cómo se veía antes de los desiertos. Quizá alguna vez lo había leído, pero hoy... hoy se siente capaz de entender, capaz de comprender, capaz de incorporarlo a sus circuitos de manera permanente.

Un JPG vale más... vale más que...

Nada lo distrae ahora. Ni siquiera el viento y la arena que siguen avanzando contra el edificio de la rígidoteca. LGT-32 cambia su patrón de búsqueda y comienza a observar en cada pantalla solamente archivos JPG.

Seis, siete, ocho millones de imágenes pasan cada hora frente a él. Con ellos, el espejo de los recuerdos y sentimientos de la raza extinta. Su historia, paso a paso. Los rincones más lejanos del globo. Los paisajes, plantas y animales desaparecidos. La sonrisa de hombres, mujeres y niños. Sus sueños y sus miedos. Sus fracasos...

LGT-32 sabe que ahora necesita más espacio. Quiere almacenar, quiere guardar todo. Lo necesita. Desea ver JPG las veinticuatro horas de cada día solar, aunque no pueda estar conectado a las pantallas retráctiles. Para ello, busca en las bases de datos cómo hacían los humanos para extraerlas de allí.

Busca. Busca. Necesita encontrar alguna forma.

Aparentemente, en la década actual no quedan máquinas que permitan reproducir o copiar JPG en planchas de color blanco...

¿Qué nombre tenían? ¿Celulosa?

Hay una antigua palabra que designaba eso. *P – A – P – E – L. Papel, eso es.*

¿Cómo podrá sacarlas de la pantalla y enviarlas al papel?

No hay nada. Aún no hay nada.

Por ahora. Sólo por ahora.

El día cuarenta del mes ocho, LGT-32 quita el último módulo de memoria inteligente del Programador y lo inserta en una de sus pocas ranuras disponibles. Está llegando a su límite. Tiene que encontrar la manera de sacar fuera de las pantallas tanto... tantas... *tanta belleza*. Con los refuerzos que obtuvo de los otros dos androides, sabe que ahora es capaz de fabricar algún dispositivo.

De a ratos se siente en un laberinto sin salida.

Mas ya pensaría en algo.

Memoria integra la antología "Cuentos por correo" (Ediciones Osiris, España).

Rastrillo de lecturas

David Sigüenza

Antes del verano, y después de mis últimas visitas a rastrillos, librerías de lance y al Rastro, adquirí algunos títulos polvorientos que pasaron a engrosar mi ya demasiado grande colección de Ciencia Ficción. Durante el estío leí varios de estos libros desahuciados y, puesto que en mi círculo íntimo más inmediato la mención de las palabras “ciencia ficción” causa bufidos desaprobatorios, me he decidido a comentar mis impresiones en la revista que ahora se publica, un poco por desahogarme y otro por hacer un servicio público.

Siento debilidad por la colección de Fleuve Noir que, desgraciadamente, no puedo leer con demasiada soltura en su francés original, pero que fue editada en castellano y aflora frecuentemente en los mercados de libros usados. Son un montón de libritos de longitud humanamente legible (150-250 páginas), nada que ver con los tomos infumables de ínfulas bíblicas que se publican a menudo hoy día. Además, sus portadas abigarradas son un placer en sí mismas y a veces por sí solas ya justifican el dispendio coleccionista. Normalmente circulan con precios entre los 3 y los 7 euros, lo digo por si a alguien se le ocurre buscar algún ejemplar, que no les engañen demasiado. Los dos títulos que leí este verano, “Los hijos de Alga” y “Los híbridos de Michina”, son típicos: parten de una idea más o menos original, revestida de lugares comunes y personajes arquetípicos, pero suelen estar escritos con brío y no falta la acción y la aventura; incluso se pueden encontrar escenas realmente memorables. Son, al fin y al cabo, novelas que siguen los patrones de la ciencia ficción clásica, sin pretensiones (al menos las

que he leído hasta ahora), que cumplen eficazmente su función de entretener mucho y estimular moderadamente. Nada que ver con la ciencia ficción más vanguardista que también se publicaba en Francia en la misma época, de carácter tan especial, y que me entusiasma, aunque de manera más... cerebral, por decirlo de alguna manera.

Por coincidencia, estos dos últimos libros que he leído ejemplifican el tema de la hibridación entre extraterrestres y terrícolas.



Ambos plantean una historia en la que alienígenas en situación desesperada tratan secretamente de mezclarse con los humanos para garantizar su propia supervivencia. Es curioso que, aunque no se trata de una invasión *per se*, al final se produce un conflicto y un enfrentamiento entre las especies. En “Alga”, todo se soluciona y los *algores* se instalan definitivamente en la Tierra, tras sufrir diversas catástrofes ecológicas en su planeta de origen. En “Michina”, el ser transdimensional que

personifica la colmena de incontables individuos (¿transdimensionales?) se desespera al comprobar como sus emanaciones encarnadas se vuelven tan borricas como los propios homínidos que les sirven de huéspedes y decide retirarse *sine die* a su lugar (¿transdimensional?) de origen. Hay que decir que los *algores* lo tenían mucho más fácil, ya que por lo que parece son exactamente iguales a los aborígenes terrestres, excepto porque tienen la piel verde y poseen el don de la telepatía.

Hablando de telepatía... Cayó en mis manos un ejemplar de “Telepathist”, una

novelita de John Brunner que, me cuesta decirlo, aún no había leído. Este escritor es otro de mis fetiches. Aparte de obras de indiscutible calidad, como la innovadora "Stand on Zanzibar" o la profética "The shockwave rider" (olvidémonos de petardos como "Children of the thunder", que aún así tienen su aquél), este inglés publicó muchísimas novelitas de corte clásico que son un placer descubrir. El punto de esta que os comento es la idea de que si un telépata puede transmitir su pensamiento a otros así como leer las mentes de los que le rodean, sería posible la aparición de una realimentación al cerrarse el bucle entre emisor y receptor (ah, "Teoría de Control", creo que saqué un Notable, pero ya he olvidado todo). Las consecuencias descontroladas de este efecto es la formación de lo que se denomina *catapathic group*: un conjunto de personas absortas en el universo privado del telépata al que prestan más y más energía a costa incluso de sus propias vidas.

Esto es ciencia ficción de la de toda la vida, escrita con oficio y que se lee con gusto (más o menos culpable). Por desgracia, también leí un libro que me dejó un regusto desagradable, tanto más cuanto que el autor es español y siempre voy en búsqueda de algo bueno que se haya hecho aquí. Se trata de "Nos queda la parábola", de Ferran Canal (según las normas ortográficas catalanas, *Ferrán* no lleva tilde, aunque se pronuncia igual). Empieza bien, con un planteamiento tópico, pero cocinado con ingredientes sabrosos, como el curioso agujero negro en miniatura, envuelto en una esfera impenetrable, que objetiva la amenaza de unas inteligencias extraterrestres desconocidas. El relato está salpicado de detalles que a mí me resultan graciosos, por sus referencias a la corrupción administrativa y a la decadencia académica de las universidades, cosas que conozco bien. También hay algunas situaciones de humor castizo que son bienvenidas. Sin embargo, en las 306 páginas de la novela apenas sucede nada ni se desarrolla ningún tema ni se profundiza en las implicaciones de lo que se va narrando o describiendo. Al final, un monólogo patético del que parece ser el protagonista de esta historia coral, prolonga la agonía del lector, que a estas alturas se encuentra desanimado y un tanto confuso

ante la falta de energía del autor.

En fin, que 3 de 4 tampoco está tan mal. Otro día más.

Libros mencionados

John Brunner, "Telepathist", Penguin – Science Fiction 2715, 1968.

B. R. Bruss, "Los hijos de Alga", Nueva Situación - Ciencia Ficción #10, 1980 (edición española de "Les enfants d'Alga", Fleuve Noir - Anticipation #366, 1968).

Ferran Canal, "Nos queda la parábola", Grupo Zeta - Nova, 1998.

Georges Murcie, "Los híbridos de Michina", Libroexpres - Anticipación #7, 1978 (edición española de "Les hybrides de Michina", Fleuve Noir - Anticipation #686, 1975).

Diseño de la portada de la revista SCI-FDI

Bases del concurso

El concurso es una iniciativa de la revista de Ciencia Ficción de la Facultad de Informática, Sci-Fdi (<http://www.ucm.es/BUCM/revcul/sci-fdi/>), dirigida a cualquier persona que quiera participar y que cumpla con las condiciones y requisitos establecidos en estas bases.

PARTICIPACIÓN EN EL CONCURSO

No existe limitación geográfica. El desarrollo del concurso tendrá las siguientes fechas.

Entrega de portadas: 6 de mayo de 2013.

Fallo del jurado: 20 de mayo de 2013

- Personas facultadas para participar:

Podrán participar todas las personas que, utilizando cualquier arte plástica, quieran colaborar en el desarrollo de una portada para nuestra revista. Aunque el tema es libre se valorará la relación con el mundo de la ciencia ficción.

- Condiciones de las obras:

Para participar en el presente concurso, se deberá hacer entrega de una obra plástica.

Las obras deberán aportarse en soporte digital en formato jpg o pdf en baja resolución, deberán enviarse mediante correo electrónico a la dirección

scifdi@fdi.ucm.es

adjuntando nombre y apellidos, dirección postal, un mail de contacto y el archivo con la propuesta de portada.

SELECCIÓN DE FINALISTAS, GANADOR Y PREMIOS

De entre las obras recibidas en plazo que cumplan con los requerimientos especificados en estas bases, el comité editorial de la revista elegirá al ganador, que recibirá un **lápiz digital Inking de Wacom**, y dos finalistas, que recibirán cada uno una tableta gráfica **Bamboo Pen & Touch Mod 2011**. Además, la portada ganadora será publicada en el

número de julio de 2013 de Sci-Fdi y las finalistas serán invitadas a ser portadas de los siguientes números de la revista.

Nota: en caso de no estar disponibles los productos propuestos como premio en el momento de su adquisición se entregarían otros del mismo tipo o similares.

PROPIEDAD INTELECTUAL

El autor deberá confirmar que conserva los derechos sobre su obra y que es libre de publicarla en Sci-Fdi. Las creaciones podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons. El contenido propio generado por Sci-Fdi estará sujeto a licencia CC-by 3.0, salvo cuando se especifique lo contrario.

Designing the cover of SCI-FDI magazine

Contest terms and conditions

This contest is an initiative of the Science Fiction magazine of the Faculty of Computer Science, Sci-Fdi (<http://www.ucm.es/BUJCM/revcul/sci-fdi/>), aimed at anyone who wants to participate and comply with the terms and conditions set out in this document.

PARTICIPATION RULES

1. The contest is open to anyone, without any geographical limitation.
2. It is open to anyone willing to design a cover for our magazine, using any artistic technique whose product can be delivered through the Internet.
3. Although the subject is free, relation with the world of science fiction will be valued.
4. To participate in this contest, you must deliver a work of art. The works shall be provided in digital format jpg or pdf format in low resolution, and be sent by email to the address: scifdi@fdi.ucm.es, including name, address, a contact email and the file with the proposed cover.
5. Cover Delivery: May 6, 2013.
6. Jury's decision: May 20, 2013

JURY DECISION AND AWARDS

Among the works received meeting the requirements specified in these rules, including delivery deadlines, the editorial board of the magazine will choose the winners. The first prize will receive a **Wacom Inkling digital pen**, and the two finalists a graphic tablet **Bamboo Pen & Touch Mod 2011**. In addition, the winning cover will be published in the July 2013 issue of Sci-IDF and the finalists will be invited to cover the following issues of the magazine.

Note: Should the specific products offered as prizes not be available at the time of purchase, similar ones will be provided.

INTELLECTUAL PROPERTY

The author must confirm that he/she has the rights to the work entered in this competition, and that he/she is free to publish it on Sci-Fdi. The published works may be subject to any type of license that the author sees fit, although Sci-Fdi recommends a Creative Commons license. Sci-Fdi's own content will be released under license CC-by 3.0, unless otherwise specified.

